
LAS VOCES DE LA MEMORIA

Madriileños en Cuba



Aurelio Francos Lauredo

AURELIO FRANCOS LAUREDO

LAS VOCES DE LA MEMORIA

**MADRILEÑOS
EN CUBA**



Comunidad de Madrid

CONSEJERIA DE EDUCACION



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

© Aurelio Francos Lauredo

© De esta edición

Comunidad de Madrid

Consejería de Educación

Madrid, 2000

Han colaborado: Fundación Fernando Ortiz

Universidad de Alcalá

Preimpresión: Ilustracion 10, Servicios Gráficos

Depósito Legal: M-45544-2000

ISBN: 84-451-1851-X

INDICE

Presentación de Gustavo Villapalos.....	7
Prólogo de Eusebio Leal Spengler.....	9
Introducción de Fernando de Lanzas.....	11
Diálogo Inicial.....	15
Aniana Villarubia Serradilla	19
Navalcarnero, 1898	
Luciano Rafart Pérez	49
Chamberí, 1939	
María Concepción Rico Martín	83
Puerta de Toledo, 1945	
Carlos de la Torre Prieto	115
Chamberí, 1929	
Rosita Fornés	145

ANEXOS

I.- Relación de fotografías	183
II.- Relación de madrileños en Cuba	189

PRESENTACIÓN

Preservar la memoria colectiva es, hoy más que nunca, ineludible. Vivimos llenos de prisas, de vértigos, de noticias que se encadenan y aun atropellan. El olvido y la amnesia son dos enemigos brutales de la calidad de vida. El futuro fluye hacia el pasado, dijo Borges, aludiendo a la significación que posee el pretérito como fuente de nuestra dignidad. Este libro es ejemplo de memoria oral, que afecta a un asunto central de la identidad española: las relaciones con Cuba. Cuba, que es para España, mucho más que una nación que fue colonia. Cuba es la Andalucía mundial, como celebró el poeta. Se reúnen aquí cinco testimonios de otros tantos españoles que se vincularon a Cuba de por siempre, sin olvidar sus orígenes españoles. Eso hace de este libro una obra entrañable, cordial, hispánica en el mejor sentido de la palabra. Un archivo para el recuerdo, una enseñanza para el futuro. El editor deja que los testigos hablen, depongan su vida, trencen los nudos de su experiencia vital. Cuba en el corazón, España en el corazón. Y la verdad humana hecha discurso palpitante.

Gustavo VILLAPALOS

Consejero de Educación

PRÓLOGO

Con noble perseverancia —asistida por el amor que crea y salva— el autor nos ha ido regalando el inapreciable testimonio de quienes una vez dejaron las tierras peninsulares para radicarse en Cuba, la bella Perla de las Antillas, así cantada por los abuelos.

Esa extraña sensación de que hemos sido parte de otro es tan viva en el alma, que sirve de fundamento al culto a la madre, en cuyo regazo tomamos conciencia de la vida. Al repasar nuestros recuerdos, nos sorprende tanto la intensidad de un beso como también la dureza del castigo, que contribuyeron a forjar nuestra experiencia.

Ahora nos encontramos ante esos viejecitos, cuyos ojos se iluminan al hablarnos de Madrid —el lar de la niñez en la patria distante— de sus plazas, de sus teatros...

Ellos nos cuentan del canto estridente de las billeteras en la Puerta del Sol, o de las vendedoras de castañas en el Arco de Cuchilleros. También, del chocolate de San Ginés; de las alegres y coloridas violeteras que, descendiendo por los senderos de San Isidro Labrador, llegan hasta la Rivera del Manzanares para asistir a esas romerías que se han perpetuado en el Madrid que no duerme —en verano ni en invierno— deslumbrado por los surtidores de Cibeles o de la Plaza de Colón.

¿Es que Madrid es un sueño que vive como envuelto en la capa cortada de la calle de la Cruz?

Pero, los que cuentan estas historias a Aurelio Francos son, generalmente, los que no pudieron disfrutar de tales encantos porque vinieron a la Isla para forjar un nuevo destino y, al hacerlo, en el empeño han dejado sangre y lágrimas para triunfar, con o sin fortuna. Y es que hay bienes impalpables e intangibles que se quedaron prendidos en el alma y en el perfil de una nueva generación a la que ellos dieron a luz.

Hijos y descendientes de inmigrantes —modelados en esta tierra y bajo este cielo— nosotros, testigos de sus desvelos, nos inclinamos con gratitud ante aquellos, que un día decidieron o no pudieron regresar. Que estas líneas sean sólo un exordio para una obra escrita con fidelidad a lo que el autor supo escuchar con la atención creadora de los cronistas.

Eusebio LEAL SPENGLER

La Habana, noviembre 1999

INTRODUCCIÓN

Aurelio Francos Lauredo y yo nos conocimos, felizmente, hacia 1997, en la Biblioteca Nacional de Madrid, cuando yo trabajaba en ella como director técnico. Digamos que él “se me apareció” justamente cuando esa *enfermedad* llamada Cuba, y que yo ya confieso abiertamente padecer, empezaba a dejar en mí su estado latente y mostraba sus primeras y preocupantes manifestaciones externas. Por entonces también recibí la visita de Eliades Acosta, Director de la Biblioteca Nacional de Cuba, con quien estudié algunos planes de cooperación entre ambas instituciones, y la posibilidad de realizar mi primer viaje a la Isla, aunque lejana aún, empezó a perfilarse en el horizonte de manera tenue, pero al tiempo inquietante y tentadora.

Los veraneos en Asturias, en una aldea cerca de Ribadesella, me habían llevado a interesarme por la tradición ultramarina de esa villa costera que, como tantas otras del norte español, había hecho de La Habana su destino preferente en épocas de emigración. Muchas familias riosellanas, como la de Julián González, “el cubano”, o la de José Arechabala, fundadora de una famosa marca de ron cubano, mantenían vínculos, tradiciones, o, como mínimo recuerdos de variable intensidad, color o nostalgia, en relación con la Gran Antilla. En los cafés de la Plaza Nueva, el *Capri*, el *Sebas*, el *Apolo*, se encuentran aún vestigios de ese pasado, quizá no tan lejano, en las conversaciones de los parroquianos, en la decoración de las paredes, o en la propia carta de bebidas. En el *Apolo*, en particular, el mítico daiquirí, bajo una receta seguramente transformada por los años y las frías humedades del Cantábrico, sigue siendo la copa estrella de las interminables noches de verano

en la terraza. En el interior, una vieja fotografía nos recuerda el “bergantín de La Habana”, el navío que cubría la línea regular entre ambos puertos.

Aurelio venía a verme, esa mañana, para hacer donación a la Biblioteca Nacional de España de un ejemplar del volumen “Asturianos en Cuba”, primero del proyecto ARCHIVO DE LA PALABRA: EMIGRANTES ESPAÑOLES EN CUBA, que ha seguido su andadura hasta llegar hoy a este nuevo libro dedicado a los madrileños en la Isla. Hablamos mucho y bien, acompañados al inicio por Nieves Iglesias –jefa de la Sección de la BNE donde él acababa de realizar una estancia de especialización en registros audiovisuales– y aquel encuentro fue sin duda, para ambos, no sólo el principio de una amistad, sino un paso adelante en el amor de Aurelio por España y en mi incipiente amor por Cuba, a la que aún yo no conocía “personalmente”. Entre otras cosas le conté sobre mi conexión asturiana con la Isla, y del libro de poemas que había publicado pocos años antes, “El frente de Madrid”, al que pertenece un poema titulado *El verano en el norte (Habanera)*, que arranca con estos versos:

A la sombra palmera de la casa de indios
se embalsaban los días de los largos veranos
...

Y dice, más adelante:

Otros cálidos mares cantaba la habanera
y la desesperanza de un corazón que espera
y el naufragio del barco que de Ribadesella
recorría la ruta de La Habana la bella.

El juego imprevisible de la vida me llevó a abandonar poco después mi trabajo en la Biblioteca Nacional, y a aplazar mis planes de viaje a Cuba, pero entretanto me había ido acercando a sus costas poco a poco, pues conocí lugares del Mar de las Antillas, en ocasión de mis visitas

a Cartagena de Indias y Caracas, mientras en Madrid iba buscando y encontrando casi todo lo que de Cuba existe en mi ciudad: la comida criolla, la música, o mejor, las músicas de la isla, desde el son y el danzón a la nueva trova, el mojito y la literatura habanera.

Hasta que un día de febrero de este año, mis avatares profesionales me embarcaron en un “Jumbo” –que yo imaginaba como un velero bergantín– camino de la Feria internacional del Libro de La Habana. Mi primer viaje a Cuba no sólo hizo realidad todo lo soñado sino que acabó siendo un sueño más allá de su realidad. Si a la Isla se la quiere como a una persona, cubanos y españoles no podemos tratarnos más que como hermanos, y entre todas las sensaciones que tuve allí, la de una vinculación casi familiar con todas las personas que conocí fue una de las más intensas. Por cierto, que una escapada en solitario a Pinar del Río, en un coche de alquiler, me abrió muchas ventanas a la forma de ser y de vivir de aquellas gentes, a base de “dar botella” (coger en auto stop) durante todo el camino.

De Pinar del Río le traje unos tabacos a mi padre, y el día que se los entregué, hablando, hablando, me llegó la gran sorpresa: mis sensaciones “familiares” en la Isla tenían poco de imaginarias o literarias: un abuelo de mi padre, Rafael Ulecia Cardona, era cubano, santiaguero por más señas, de familia establecida en la tierra de Siboney desde tiempos a los que no alcanza la memoria de mis parientes vivos. Mi bisabuelo, médico, ejerció su profesión en Cuba hasta finales del siglo XIX, cuando se estableció en Madrid. Y buscando andaba yo por mis pulsos esa octava parte de sangre cubana que llevo dentro, cuando se me aparece otra vez el bueno de Aurelio, ahora en España con motivo de sus estudios de doctorado en la Universidad de Alcalá, y pone ante mis ojos el manuscrito de esta obra.

Con los antecedentes expuestos no hará falta decir que me zambullí de inmediato en el proyecto, ofreciéndole mi colaboración y aceptando entusiasmado su amable petición de que escribiera estas palabras.

Lo hago cuando ya es Cuba una parte importante de mi vida. En el poco tiempo transcurrido desde que “iniciásemos relaciones”, Cuba me ha dado muchas cosas: para empezar, amigos –uno de los cuales, Eusebio Leal, también participa en este libro–, escritores viejos y nuevos a los que he leído o conocido personalmente, los latigazos del Caribe en la noche del Malecón habanero, unas clases de salsa frente al valle de los mogotes, en Viñales, ese antepasado inesperado, mucha, mucha música, ron y alegría, también algún dolor, en suma: vida, que es lo que más vale y lo que Cuba más generosamente puede dar a todo el que se acerca a ella. No sé si algún día seré un madrileño en La Habana, o en Santiago, en busca de aquellas raíces, pero lo que ya es cierto es que llevo a Cuba conmigo en Madrid.

Y luego, todo lo relacionado con este libro ha ocurrido muy deprisa. La magia lo hace todo fácil. Aurelio y yo nos fuimos a ver a Gustavo Villapalos, Consejero de Educación de la Comunidad de Madrid, que acogió el proyecto con el mismo entusiasmo que nosotros. ¡Ay, esta historia nuestra! También él conocía, y sentía la Isla muy próxima. Su inmediata decisión de apoyar la edición del libro ha hecho posible, querido lector, que hoy lo tengas en tus manos, y creo que todos debemos agradecerse de verdad.

Espero, y deseo, que estas voces de la memoria “Madrileños en Cuba” tengan el mayor y más cálido significado para todos los madrileños que han viajado y viajarán a la Isla, para todos los que viven allá, o allá tienen familiares y amigos, para todos los habaneros que viven en nuestra capital, o que han pasado por aquí, y en general para todos los cubanos y españoles que sentimos que además de la lengua y de la historia, lo que nos une es mucho más, y que estamos tan cerca unos de otros que una vez que nos hemos conocido, o mejor, reencontrado, esto ya es para siempre. Que así sea.

Fernando de LANZAS

Madrid, mayo 2000

DIÁLOGO INICIAL

Conversando con muchos naturales de España establecidos en Cuba, a quienes he conocido en las sociedades comarcales que integro como descendiente de emigrantes de Asturias y Galicia a América, surgió la idea de desarrollar un ‘Archivo de la Palabra’ con el objetivo de conservar y difundir la memoria hispana en nuestro país.

El presente libro es uno de los resultados de ese Archivo, cuyos anteriores títulos publicados incluyen historias de vida recopiladas entre los últimos centenares de asturianos, decenas de baleares, y muy pocos valencianos, respectivamente, que han quedado integrados a la población cubana durante este siglo, a escala de ciudadanos, familias e instituciones.

En el caso específico de Madrid, comunidad que no puede dejar de considerarse como región de procedencia migratoria hacia el nuevo continente, sus naturales radicados en territorio cubano actualmente suman la cifra de cincuenta (ver anexo), y conforman el universo de población donde hemos realizado las entrevistas personales que sostienen este ejercicio de historia y documento oral. Teniendo en cuenta que todos los testimonios recogidos no pueden incluirse en un solo volumen por razones de extensión del texto, las páginas que siguen ofrecen una muestra del conjunto de los madrileños en La Habana, cuyas voces acercan las capitales de España y Cuba desde una perspectiva única, que reúne indicadores de gran interés, como son: motivos para emigrar, trabajos realizados en la Isla, y vínculos familiares entre ambos países.

A modo de síntesis, las tareas básicas de este ‘Archivo de la Palabra’ se pueden resumir de acuerdo con sus tres momentos principales: *trabajo de campo* (promover, y registrar en soporte audiovisual, un discurso autobiográfico en cada entrevistado), *procesamiento de datos* (transcribir los testimonios orales, así como reproducir fotografías y documentos afines a éstos), y *resultados de investigación* (analizar y complementar los fondos del Archivo, ordenándolos en volúmenes según las diferentes regiones de procedencia migratoria en España).

En todo ese proceso, el proyecto incorpora elementos probados por otros investigadores, fundamentalmente aquellos cuya obra en el campo de las ciencias sociales en general, y las ciencias de información particularmente, hemos conocido a través de nuestro trabajo en la Fundación Fernando Ortiz, que preside el Dr. Miguel Barnet en La Habana, y de nuestro tema para el doctorado en la Universidad de Alcalá, coordinado por el Dr. Luis Beltrán, Vice-Rector de Relaciones Internacionales, y la Dra. Purificación Moscoso, Decana de la Facultad de Documentación en esa institución madrileña.

El ‘Archivo de la Palabra: Emigrantes Españoles en Cuba’ se basa en el respeto al punto de vista del informante, con una fórmula de trabajo que parte de sus objetivos como proyecto y toma en cuenta la amplia bibliografía existente en materia de tratamiento de las fuentes orales. A propósito, resulta interesante citar la definición ofrecida por el sociólogo Roger Bastide, al referirse a un importante ejemplo en este campo:

“El método de Lydia Cabrera es el de la no intervención. Sus libros, de cierto modo, le son dictados por negros viejos amigos y constituyen testimonios extraordinarios con su mezcla de africano y español. Son bloques de pensamiento, densos, totales, compactos, que se suceden según las leyes de la asociación y no de la lógica o del análisis”.

(Tomado de presentación a *Anaforuana*, Ediciones R, Madrid, 1975).

Conscientes de que un libro basado en entrevistas no es fruto de quien formula las preguntas en cada diálogo, sino que se debe, en primer lugar, a cada una de las personas que con sus respuestas nos aportan sus recuerdos y sus vivencias en el transcurso de nuestras conversaciones, estas páginas son, ante todo, una invitación a dialogar con los propios testimoniados, y a escuchar en su viva voz una parte esencial de la historia y la cultura compartidas por españoles y cubanos a lo largo del último siglo.

Aniana y Luciano, María y Carlos, nacidos todos en Madrid, así como Rosita, hija de madrileña, nos permiten ver esa ciudad a través de sus ojos, tal y como era en otros tiempos, para luego dejarnos acompañarles en su larga travesía en barco hasta La Habana, donde hoy comparten el balance de su experiencia vital.

Gracias –por siempre– a cada uno de ellos, y a todas las personas que han hecho posible la edición de este libro, cuya preparación no concluí rodeado de casetes y fotografías, de notas y fotocopias, sino, en verdad, cuando al revisar toda la información copiada en las entrevistas volví a hablar de nuevo, a solas, con los testimoniados. Únicamente así pude terminar el trabajo previsto, frente a la memoria, pues ése es, a mi juicio, nuestro más valioso documento de identidad.

AFL

ANIANA VILLARUBIA SERRADILLA

“Hoy cumplo 101 años, esa es la verdad, pero confieso que a mí me gusta más preguntar que contestar... por qué no me cuenta quién es usted y para qué ha venido a verme, antes que todo tengo que saber con quién voy a hablar.

Claro que no podré recordar todo lo que he vivido a lo largo de un siglo entero, compartido entre España y Cuba, son tantas cosas para una sola cabeza, aunque memoria no me falta. Comenzaré por decirle que nací el 25 de abril de 1898, en una zona que entonces quedaba lejos del centro pero ya pertenecía a Madrid, y era cabeza de partido judicial, llamada Navalcarnero. Allí viví poco tiempo, siendo bautizada en la Iglesia de la Asunción, como reza mi fe de bautismo, según corresponde a todo buen católico.

Luego nos mudamos a un lugar más céntrico de Madrid, donde también vivimos pocos años, pues como mi padre era constructor de carreteras y ferrocarriles, su trabajo lo hacía desplazarse por toda la península, y a cada nuevo lugar que era destinado él se llevaba a la familia: la señora y todos los hijos, lo cierto es que nunca se fue solo.

Papá se llamaba Zenón Villarubia Aparicio y mi madre Josefa Serradilla Valencia, un matrimonio típico español del siglo pasado, muy bien llevado, eso sí, y siempre tan unidos como se puede apreciar en

esta fotografía hecha en un estudio de Valencia, donde parece que alguien retocó la imagen en los ojos, porque casi toda la foto ha cogido el color del tiempo, menos sus pupilas, que nos siguen mirando fijamente.

Sucede que antes de emigrar a Cuba nosotros vivimos en varias regiones de España, por causa del trabajo de mi padre, como le decía, y gran parte del tiempo fue por el norte español, de donde recuerdo nuestra visita a Gijón –la primera vez que vi el mar–, y después estuvimos algunos años por el sur, primero en Valencia y finalmente en Barcelona, de modo que en Madrid he estado más de paso que de vecina, aunque por eso no he dejado de sentirme siempre una moza madrileña, que esa es mi tierra en España, y todos los días le rezo un rosario.

Dicen que la ciudad surgió de un cruce de caminos, realmente no lo sé, ni creo que nadie pueda saberlo a ciencia cierta, pero para mí ha sido cuna, y también eso, lugar de tránsito cada vez que mi padre cambiaba de obra, y nosotros de casa por toda España, aunque también Madrid es algo más para los que hemos tenido la dicha de nacer en ese lugar que es único en el mundo, si lo sabrá el Señor.

¿Usted cree en Dios? y perdone que siga preguntando, pero eso es importante. Yo siempre he sido muy católica, aunque cada cual es según lo eduquen, respeto a todos por igual, creyentes o no, además, a fin de cuentas, todos creemos en algo y eso no debe ser causa de discusión, al contrario, lo malo es no creer en nada, pienso yo.

De casi todas las regiones de España que conocí, guardo intactas en mi memoria sus canciones típicas, muchas son de Galicia y Asturias, también de Valencia y Cataluña, lugares donde viví más tiempo, pues si quiere se las canto y quizás así salga más simpática esta entrevista; alguna vez las habrá escuchado, como por ejemplo esa que dice:

*Es bonita Barcelona,
pero de Madrid al cielo,
mas, a falta de Madrid,
Barcelona es un consuelo.*





En Valencia vivimos en la calle Pelayo 28, entresuelo-derecha, y recuerdo muy bien aquella etapa, entonces yo era una niña, pero ya ayudaba a mi madre en los quehaceres de la casa y hasta buscaba el agua para tomar en un botijo, de una fuente que había a media cuadra. De qué material estaría hecho ese recipiente que siempre iba bien, pero de regreso más de una vez se me rompió, y cuando llegaba a casa mi madre exclamaba: ‘pero será posible, Aniana, otro botijo roto’ y yo me quedaba callada, niña al fin.

También jugaba, y lo que más me gustaba era cuando hacíamos corro, varios niños, y nos poníamos a cantar...

Mis hermanos tenían otros entretenimientos, sobre todo con sus juguetes, que nunca les faltaron, pero lo mío era el corro, además de las muñecas; aún conservo esta fotografía que mis padres me hicieron el día en que me antojé de una muñeca en la vidriera de una tienda y de lo contenta que me puse cuando me la compraron decidieron detener ese feliz instante, cuando yo tenía dos años.

Aurelio, otra canción muy bonita que ahora recuerdo es ésta de Asturias, que dice así:

*Caminito de Mieres,
linda asturiana,
la alegría tú eres
de la mañana.*

*Anda niña componte,
vamos al baile,
que si no vas conmigo
no vas con nadie.*

*Anda niña componte,
vamos a Mieres,
a buscar chocolate
pa' las mulleres.*

La última ciudad donde estuvimos antes de emigrar a Cuba fue en Barcelona, allí vivimos cuatro años; claro que en esa época no había televisión allá, ni aquí tampoco, pero sí había cine, que todavía era mudo, y nosotros íbamos mucho a un cine que estaba en una rambla cercana a casa, donde vi algunas películas, sobre todo francesas.

¿Usted entiende catalán? Yo lo hablo bastante bien, de seguro que si digo: ‘vostés esser mot curios’ enseguida comprende. Pues en Barcelona vivimos en la calle Providencia número 56, entre la Plaza de Rouvira y el Torrente de La Olla, pero resulta que, al cabo del tiempo, Leoncia, mi hermana mayor, se casó con un cubano y vino a vivir a Cuba.

La historia se remonta todavía más atrás, cuando a finales del siglo pasado, un tío mío, hermano de papá, tuvo que venir de soldado a la guerra de Cuba, y cuentan que como él tenía una letra muy bonita lo pusieron en el cuartel con un general, entonces cuando terminó todo se quedó aquí y se casó con una cubana, de Cárdenas, cerca de Varadero, provincia de Matanzas. Ellos tuvieron un hijo, que al crecer fue a conocer la tierra de su padre en España, siendo allá que conoce a Leoncita y se produce un amor a primera vista, de esos de película.

De entonces data esta fotografía que tiene un gran valor familiar, pues en ella aparecen mis padres, junto a mi hermana y su prometido; ya ve usted para qué sirve guardar tantos recuerdos. Una vez en Cuba, a Leoncia le fue tan bien que al poco tiempo nos mandó el pasaje para toda la familia: mis padres y el resto de los hermanos, que éramos diez en total, y siempre habíamos vivido juntos, a pesar de nuestros desplazamientos por España. Allá estaríamos aún, de no ser por ese matrimonio, uno más entre tantos formados con personas de ambos países, entonces y siempre ha sido así, parece que la sangre llama, como se dice aquí en Cuba.

A esta isla vinimos en el ‘Montserrat’, desde el puerto de Barcelona hasta el de La Habana, con escalas en Valencia y Cádiz, en un viaje que duró casi un mes, pero el camarote era bastante bueno, y ni me maree ni tuve miedo en toda la travesía. Nos entreteníamos con cualquier cosa, por ejemplo, cruzando el mar, en medio del océano, pasábamos horas hablando de las zonas más remotas del mundo.





A veces competíamos a ver quién sabía más nombres de capitales, y casi siempre yo ganaba, diciendo de memoria: ‘España, capital Madrid; Portugal, capital Lisboa; Italia, capital Roma, Turquía capital Constantinopla; Grecia, capital Atenas’, y así, sin parar. Entonces yo tenía unos diecisiete años, imagínese usted, ahora le mostraré algunas fotografías de esa época.

Poco tiempo después se hundió el Valbanera cerca de las costas cubanas, aquello fue una verdadera calamidad en la Habana de inicios de siglo... ahora que termina, y viendo que lo he vivido completo, siento que más vieja no puedo ser ya.

En el fondo, como se dice, yo nunca hubiera venido por mis propios pies, ni idea tenía de salir de España, y menos aun de aquel lugar privilegiado. Quizás ahora no estaría yo aquí, conversando con usted en mi casa de La Habana, sino paseando por la rambla de las flores...

*Barcelona es mona
si la bolsa sona
tanto si sona,
como si no sona:
Barcelona es mona!*

Pero bueno, tampoco aquí nos ha ido mal, solamente le cuento cómo han sido los hechos en nuestro caso, y si hay algo impresionante en mi memoria de emigrante es la emoción que me causó ver La Habana desde el mar. Mientras nos acercábamos a la bahía y cuando desembarcamos en el puerto, todo era como una sorpresa que iba descubriendo, especialmente para alguien que venía pensando en cómo sería todo al otro lado del Atlántico.

Salimos de un puerto, entramos a otro puerto, y así de simple, en unos días, todo cambia para siempre, todo, prácticamente. Lo único que no cambia es la añoranza, yo extraño mucho a España, como al principio; dicen que nada es para toda la vida, quizás, pero hay pérdidas que siempre nos acompañan.

Desembarcamos y lo primero que dije fue: ¡ay, cuántos cubanos! porque las calles estaban muy concurridas por esa zona del puerto, donde nos esperaban mi hermana, mi cuñado y mi tío.

Pero antes de empezar a hablar de Cuba quisiera agregar algunas otras cosas referidas a la etapa de mi vida en España.

Nunca olvido algo de nuestra infancia, y es que lo primero que mi padre hacía cada vez que llegábamos a un pueblo era inscribirnos en la escuela; papá era así, y gracias a él en nuestra familia no hay ningún analfabeto.

La escuela era un salón grande, con los pupitres, las niñas y la maestra, que me parece estar viéndola como el primer día, Antonia, ya mayor ella; pero todo eso tiene que estar más moderno ahora, con el tiempo que ha pasado. Entonces había un aula para hembras y otra para varones, después aquí fue donde encontramos todo mezclado, y ahora ni se diga, que si no se mezclan en la escuela se mezclan al salir, allá, aquí y donde quiera.

A mí me gustaba mucho la escuela, y me acuerdo un poco de los discursos que yo hacía, sobre todo unos versos que improvisábamos a dúo, con otra alumna, pero ahora yo sola haré las dos voces:

*Por no saber las lecciones
nos quedamos sin comer,
no te parece, mujer,
tan terrible situación.*

*No tan terrible, hermanita,
porque aún sería peor
quedarse en el comedor
a oscuras y almas solitas.*

*La cocinera Sabina
hace guisos tan sabrosos
que sus humos deliciosos
salen desde la cocina.*

*Ahora huele a carne asada,
fuerte respiro el café,
también prepara ensalada,
caldos y hasta un buen pastel.*

*Deja de hacerte ilusiones
y vamos a lo que importa
será más buena la torta
estudiando las lecciones.*

*Te lo voy a agradecer
pero también te aseguro
que no hay castigo tan duro
que quedarse sin comer.*

Allá en España lo que más comíamos eran garbanzos, lentejas, judías blancas, pollo; bueno, se comían muchas cosas, lo que no se comía tanto el cerdo como aquí. En Cuba hay más costumbre de comer carne, grasa y todo lo del cerdo; yo como de todo, normalmente, ni mucho ni poco, que tener más de cien años no me ha quitado el apetito, y tengo el hábito de comer con pan, porque usted pone una salsa y si no pincha un pedazo de pan con el tenedor y la prueba, lo demás no sabe a nada.

El pan de España es muy bueno, el de las panaderías y el casero, pues mi hermana mayor era quien hacía el pan para toda la familia, y muy rico que le quedaba; pero entonces, cada vez que llegaba alguna visita mi padre le decía: mire el pan que hace mi hija, pruebe un pedazo, y así lo repartía, y cuando veníamos a ver ya no quedaba pan en casa. Porque nosotros somos de una manera de ser, por ejemplo, que si yo tengo una cosa que le gusta a alguien y me la pide prestada, entonces se la dejo; yo no soy nada tacaño, eso lo aprendí de pequeña, aunque algunos españoles en Cuba tenían fama de ser tacaños, de que les dolía mucho soltar un peso, pero no todos son iguales.

En Barcelona teníamos una casa grande, con tres dormitorios, además de sala, comedor, cocina y baño, con un balcón reja muy grande,

en bajos, frente a una panadería, y sabe lo que más me gustaba ver desde allí, el tranvía que pasaba incesante de allá para acá y de aquí para allá. De pasear por la calle nada, entonces mis padres no me dejaban salir, precisamente por el paso de tranvías tan próximo a nuestro edificio, y eso que yo insistía en que si salía no me iba a pasar nada, porque al cruzar la calle le pediría al conductor que parara, diciéndole: espere un momento, que voy a pasar yo.

Por las ramblas si pasee algo, y aún recuerdo las principales, que eran muy bonitas, como rambla Canaleta, rambla de las flores, rambla del Estudio, todo muy hermoso, la ciudad de España que más me gusta, y eso que llegué a conocer bastante la península.

Cuando vinimos de España nos quedó mucha familia allá: tíos, primos, y mi abuela. Con ellos nos escribimos siempre, durante mucho tiempo, pero ya no, ahora nadie escribe, y yo no conservo ninguna carta que le pueda mostrar ahora de esa época.

Bueno, si pudiera ir a España me gustaría mucho, pero creo que ya no se dará ese viaje, además, usted sabe cuanto dinero cuesta ir de paseo. Puede ser que aún tenga algún pariente en España, alguno quedará por ahí, de tantos que había, pero donde más familia tengo actualmente es en el norte, en Estados Unidos, donde viven todos mis sobrinos, a quienes he visitado dos veces.

En Granada vivía uno de mis últimos tíos, se habrá muerto seguramente, pero quizás quede algún hijo de él, y sobrino mío por lo tanto. ¿Qué otras cosas conservo de España en esta casa? Pues algunas labores de costura que hacíamos en la escuela, con bordados y tejidos muy hermosos que ya le mostraré, y también este rosario, con el que cada día rezo por toda mi familia, los vivos y los muertos, por igual. Eso es lo primero que hago cada mañana, rezo por ellos, por mis seres queridos.

Soy muy creyente, y le pido a Dios por el alma de las personas, y por todo lo bueno para todos, también por Cuba y por España, para su gente que es tan buena en los dos países; y por usted también he pedido en estos días: salud y buen camino en su vida.



Colonia Salmantina de Cuba

Socio

Fundador

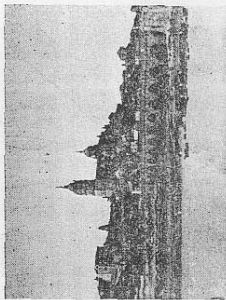


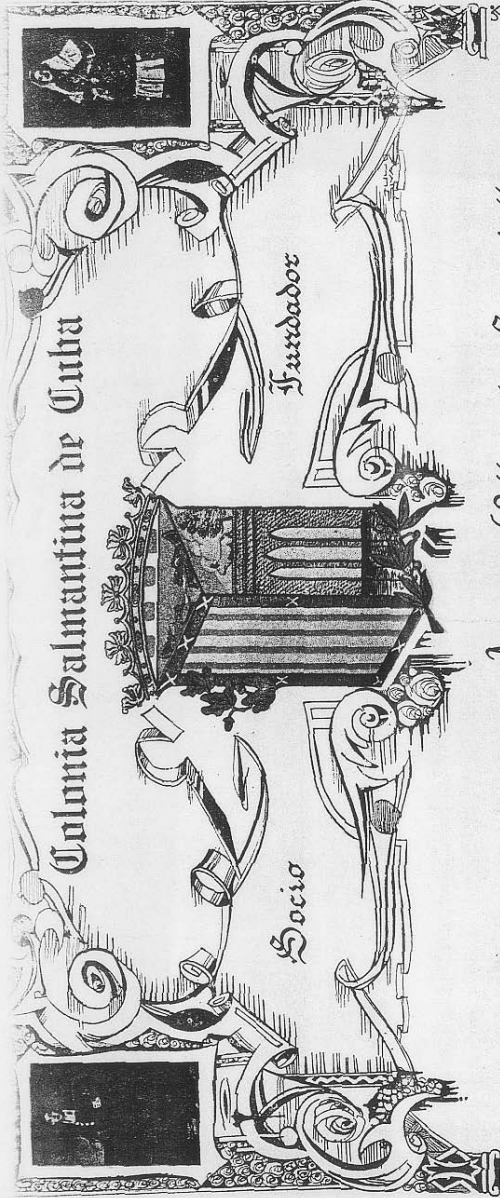
Título Alcanzado por el Sr. Ariana Villarubia Serradilla

*En virtud de lo Establecido en el Art. 4.º, Apartado Segundo, por no haber
causado baja durante 25 Años consecutivos de:
Noviembre de 1944 a Noviembre de 1969*

La Habana, 1.º de febrero de 1972

Presidente
Marta Rodríguez

Secretario
Jesús del Rey



Ahora dígame cuál es su próxima pregunta...

Pues no, desde que llegué a Cuba nunca he trabajado fuera de casa, aunque durante unos años cosí para una tienda y sastrería muy famosa de La Habana, conocida en toda la Isla, llamada: 'J. Vallés', de la que recibía los encargos de ropa para hombres, pantalones principalmente, y en mi propia casa los hacía. Era mi hermana quien los recogía, ya cortados, y yo les hacía los ojales, no sabe usted la cantidad de ojales que he hecho, si tuviera al menos un centavo por cada ojal que he hecho en mi vida sería rica en dinero. También sé hacer encajes de bolillos, y otras cosas de costura, pero lo hago como un gusto, sin apuro, porque me he puesto muy vaga, aquí entre usted y yo.

¿Y qué es lo que están organizando ahora los madrileños en Cuba? Creo que es algo como una asociación de emigrantes naturales de Madrid que aun viven aquí, según me explicó María Concepción, presidenta de su Comité Gestor. Ella nos estuvo contando todos los planes que tienen, para hacer actividades culturales, con músicas, bailes y todo lo típico de Madrid, por ejemplo, algunas cosas del género chico y zarzuelas, con interpretaciones de Rosita Fornés, la vedette cubana de ascendencia madrileña.

Hasta ahora, a falta de una sociedad de madrileños en La Habana, nosotros hemos sido miembros de la Colonia Salmantina de Cuba, desde que llegamos a la Isla, porque mi madre era nacida en Salamanca y nos asoció allí a todos con ella, máxime cuando mi padre era de Cáceres, extremeño, y esa es una región que tuvo mucha presencia en Cuba antiguamente, pero no en este siglo, cuando tampoco tiene una sociedad regional de inmigrantes.

Así que en una sola familia veníamos a Cuba naturales de diversas regiones de España, nosotros somos cada uno de su lugar en la madre patria. Por eso aun, sobre todo cuando canto, lo hago con la misma pronunciación que teníamos allá, pues aquí hablábamos la mayor parte del tiempo entre nosotros mismos, siendo todos españoles en casa.

Desde la primera mitad de siglo soy socia fundadora de la Colonia Salmantina, donde me han otorgado varios diplomas por tantos años que llevo sin causar baja. Su sede está en un lugar muy céntrico de La

Habana, en la calle Belascoain, que llaman la Casa de Castilla y reúne allí emigrantes tanto de Castilla La Vieja como Castilla La Nueva. La colonia Salmantina tiene su propio panteón en el cementerio de Colón, con una esfinge de Santa Teresa de Jesús; ¿usted ha estado allí alguna vez?, pues no se apure, que en el camposanto tendremos que estar todos largo tiempo.

Sí que por La Habana había muchos madrileños, algunos que yo conocí, como los de la peluquería Martínez, en la calle Neptuno 81, que el dueño se llamaba Julio Martínez. Aquí muchos podrían cantar aquello de:

*Madrid, Madrid, Madrid,
pedazo de la tierra en que nací.
por eso lucho yo:*

*Por el color que tienen sus verbenas,
por tantas cosas buenas
que tenemos en Madrid.*

*Madrid, Madrid, Madrid,
para saber lo que es canela fina
se arma la tremolina
cuando llegas a Madrid!*

Otro centro regional español que yo frecuenté, junto con mi hermana, era la Beneficencia Catalana, adonde nos llevaba mi madre, naturalmente, porque en aquellos tiempos no podían salir solas dos jovencitas. Ya sé que ahora es todo lo contrario, ninguna deja que nadie de su casa la acompañe, quieren ir solas, a su aire, parece que no necesitan compañía, cada uno es tan libre.

Dicen que los tiempos cambian, quizás, pero lo cierto es que hay mucha sinvergüencería por ahí. Será que mi familia ha sido siempre gente muy honrada, aunque es difícil lograr el término medio, casi imposible, en verdad, pero al menos debe intentarse.





Realmente cada cual es según lo eduquen, porque mire, toda mi familia son gente muy decente y trabajadora, casados y con hijos la mayoría. Ahora se educa de otra forma, con ese revoltillo entre muchachos y muchachas, eso es lo que más hay, y casi antes de crecer están buscando al marido o la mujer.

Yo también tuve mis pretendientes, y el novio que más recuerdo se llamaba Eliseo Gómez Ordoñez, un abogado que era muy elegante, pero al final no me decidí; es que parece que de los cubanos yo no quería nada, como si estuviera esperando un español, aunque eso lo digo en broma, en verdad aquí todo me ha parecido bastante bien.

Entonces vivíamos al lado de su casa, en la calle 4, entre tercera y quinta, El Vedado, y él tenía unos canarios que a mi me llamaban mucho la atención, pero cuando quiso ir a casa a regalarme uno mis hermanas mayores no lo permitieron: ‘porque no, y ya, sin discusión’.

Incluso muertos nuestros padres, ellas siguieron protegiéndome tanto que ningún pretendiente les parecía bien, y me fui quedando para tía, como usted ve. También es que soy de las que no le gustan romper matrimonios, eso es muy feo, ni que me estén celando todo el tiempo, de eso nada, mejor es como dice esa copla:

*Si quieres que yo te quiera
ha de ser con el ajuste:
que tú no mires a nadie
y yo mire a quien me guste.*

Lo único malo que me ha pasado en la vida ha sido toda la gente querida que se me ha muerto, entre familiares, amigos y conocidos, eso es lo que cuesta vivir tantos años.

Yo nací antes que este siglo que está terminando, es cierto, y el tiempo pasa implacable, esa es la pura verdad, qué le vamos a hacer, dígame usted. Ahora mismo ya no voy a la iglesia, que queda a dos calles de casa, la iglesia de San Juan Bosco, porque camino un poco y ya tengo que sentarme, hasta hubo un día que me caí y me dieron tres puntos de sutura, y desde entonces llevo

conmigo este mamarracho que usted ve aquí al lado; le dicen ‘burro’, y es verdad que tiene cuatro patas, pero por suerte no rebuzna.

Todos mis sobrinos que viven en Estados Unidos son cubanos. Lo que pasa es que algunos se fueron de niños con sus padres y otros se fueron solos, ya grandes, así que son cubanos de nacimiento y de crianza.

Yo he ido a visitarlos dos veces a Miami, la última ocasión fue con 94 años, invitada por ellos, y me pasé diez meses de lo mejor. Es tan rápido el vuelo, en 45 minutos se llega y en 45 minutos se regresa, eso es una suerte, sobre todo para mí, que me encantó estar allá pero no para quedarme. No lo ponga si no quiere, pero soy de las que creen en el refrán de: parientes y trastos viejos, bien lejos!

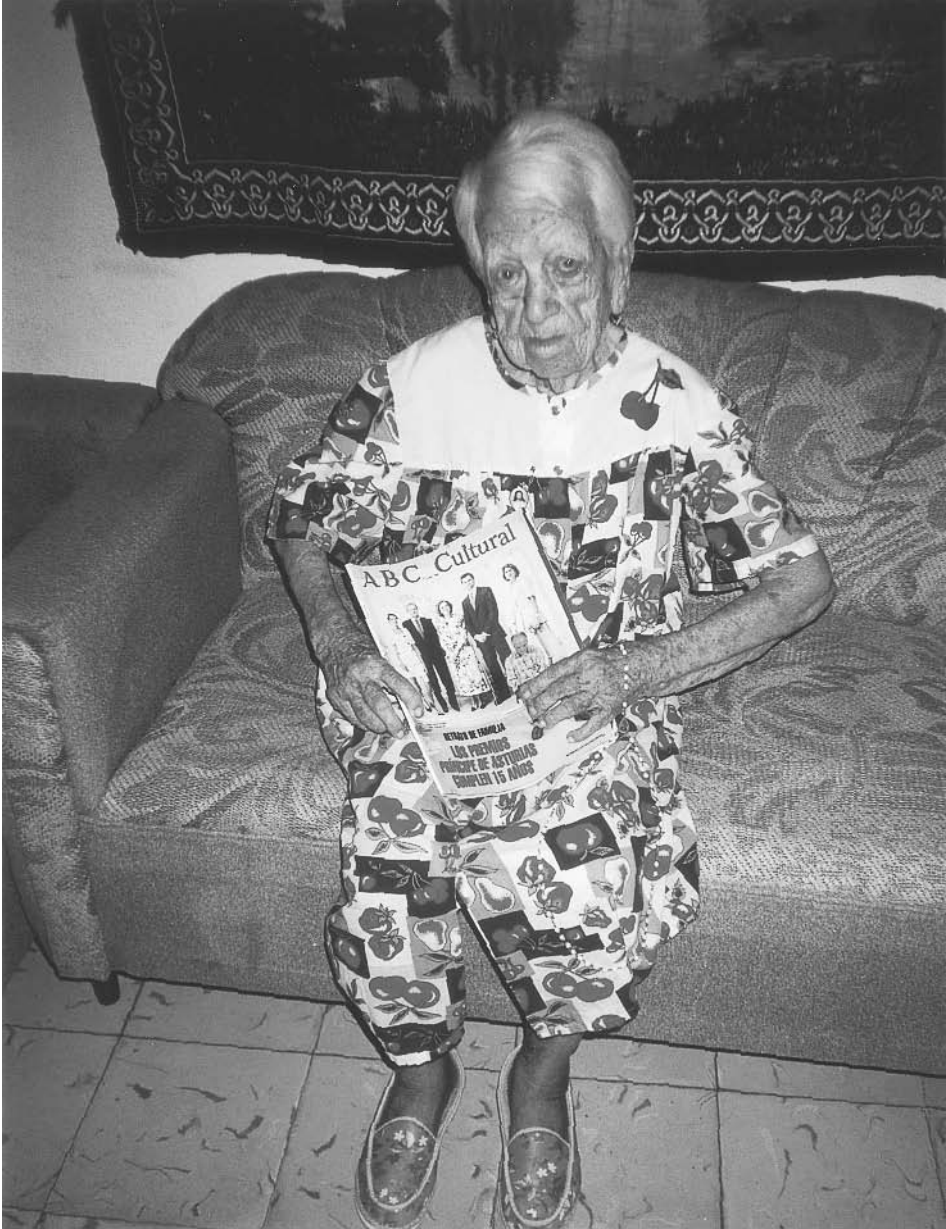
Aquí tengo unas fotos que traje de recuerdo, en compañía de la familia que me queda allá. Yo siempre los tengo en la memoria, y hasta me sé sus números de teléfono y todo, y cada vez que los he llamado disco directamente. En realidad siento que me quieren mucho, y allá la pasamos juntos de lo mejor, ahora quieren que vuelva otra vez, una sobrina mía que se casó hace un año y me dice por teléfono que quiere venir a buscarme; pues bueno, si vienen a buscarme yo voy.

Sucede que ahora donde quiero volver de visita es a España, no sé si será posible, antes de que me convierta en un guiñapo, como digo yo, porque quizás a usted los años no le pesan todavía, pero a mí si, cada vez más.

Me gusta mucho Cuba, donde están enterrados todos mis seres queridos, además en mi casa también me siento muy bien, con este matrimonio amigo, Miriam Varela y Roberto Esquijarosa, que me atienden como de la familia.

Al contrario de lo que le contaba de España, de Cuba no conozco más que la capital; nunca he salido de La Habana, como yo digo: de El Vedado al centro, a la Habana Vieja, y de allí al Vedado, todo por las zonas principales de la ciudad. En esos tiempos se usaba mucho el tranvía por aquí, y yo lo monté en algunos de esos recorridos, hoy en día es algo que extraña todo el que conoció ese medio de transporte habanero.





En todo este tiempo que llevo viviendo en Cuba, yo he vuelto a España una sola vez, entonces llegué a la Mancha, la tierra de Don Quijote y Sancho, aunque no vi a Dulcinea, y eso que estuvimos en la puebla de Don Fabrique, donde unos tíos tenían tierras y tiendas con almacenes de pan; hay una cosa muy curiosa que me sorprendió en ese lugar, cuando escuchaba a los vecinos saludarse por las mañanas, diciendo ‘adiós’, en vez de ‘buenos días’, y quizás ellos están en lo cierto, porque al comenzar el día debe decirse ese adiós como quien expresa ‘a Dios gracias’.

También entonces estuve por Madrid, que es el chote, los de allí estamos choteaos, por la chulería y todo el ambiente ese que sólo se vive allí entre toda España; con esa picardía he sobrepasado los cien años.

A mí me gustaba mucho esa zona del paseo del Prado, y la Castellana; nosotros no teníamos mucho dinero, pero paseábamos por allí con elegancia, y hasta una vez papá nos llevó a una subasta donde por poco tiene que comprar algo caro porque yo levanté la mano sin que él me viera. Con razón a veces no quería que le acompañáramos a ciertos lugares, pero nosotros le suplicábamos: ‘llévenos, padre, llévenos con usted’, y él terminaba diciendo: ‘bueno, está bien, pueden venir conmigo’, y disfrutábamos mucho cada paseo.

Al palacio de la corte sólo nos llevó por fuera, yo siempre quise ver a los Reyes, aunque sea de lejos, pero no fue posible, y terminé conociéndolos por las revistas. Se ven muy bien, pero lo principal es que son muy buenas personas, la familia real es un orgullo para todos los españoles, en España y fuera de ella, claro está. Usted no sabe la alegría que me ha dado saber que este año vienen a Cuba, nunca pensé que los iba a ver aquí, es una gran dicha, gracias a Dios.

Bueno, pues en aquella visita a España también fui cerca de Salamanca, a visitar a la abuela en ciudad Rodrigo, en total me pasé como dos meses, después volví para acá y jamás he vuelto a ver la tierra donde nací.

No la he vuelto a ver allá, porque aquí en mi memoria ya usted verá, y también en muchas de las cosas que me rodean.

Bueno, de todos los hermanos sólo estoy viva yo, porque los demás se han ido muriendo, mi madre cuando tenía 85 años y mi padre 70; mientras los dos últimos hermanos que me quedaban eran Pepe y Leoncita. Si señor, de todos soy la última sardina.

Qué otras cosas tengo de Madrid en La Habana, pues quedo yo, mire usted, con mis canciones y versos, que seguramente usted no conoce alguno, como éste del zapatero celoso:

*Si te veo hablar con hombres
te doy con el tirapie...*

*te tiro una horma, te tiro un martillo,
la pata de cabra, también el cepillo,*

*te tiro el betún, te tiro una silla,
te vas con tu madre y con to'a tu familia!*

¿Secretos? Yo no tengo ninguno, y si lo tengo qué quiere usted, qué se lo diga. Bueno, no tengo más que lo que Dios me ha dado, mucha salud, pues nunca he tenido una enfermedad importante, sólo estoy operada de apendicitis, y jamás tengo que ir al médico.

De la cabeza ni se diga, aparte de lo que usted nota, puedo hacer gala de mi memoria, y no sólo sobre hechos remotos, de eso nada, pues cada vez que alguien me dice un número de teléfono lo retengo para siempre en la mente.

Quizás un pequeño secreto para sentirse joven es la alegría, la receta sería estar todo el día cantando y bailando, en una palabra: estar contenta, así nadie envejece. Ya yo no bailo, pero sigo cantando mucho, a cada rato, y siempre cosas de España, ¿usted se sabe la zarzuela de La Corte de El Faraón?

Cuando recuerdo que llega un nuevo cumpleaños me alegro y a la vez siento tristeza, pero yo soy muy conforme, y al final todo me parece bien, nunca me molesto con nada que no esté en mis manos resolver.





Aurelio, hemos hablado de un pasado muy lejano, aquella era la España en que yo estrené el siglo, entonces eran otros tiempos, pero recuerdo muchas cosas todavía; cuando vuelva por aquí le tendré otras fotos, porque usted quisiera que yo fuera la hija del fotógrafo...

En su próximo viaje a Madrid voy a pedirle un favor, le da un abrazo a las Cibeles de mi parte, y al oso de Madrid un beso, en confianza, que es una osa, según la leyenda.

Si no hay más preguntas por hoy, para terminar oír algo como mismo lo cantaba de joven:

*Te quiero, moreno, te quiero...
como se quiere a una madre,
como se quiere al dinero,
como se quiere la gloria.*

*Te quiero, moreno, te quiero...
y esta es la jota que siempre canté,
la sal de mi tierra:.
Olé! Olé!*

Ahora dígame su teléfono, seguro que después le llamo, cuando recuerdo más cosas de interés. Hoy estoy de cumpleaños, nada más y nada menos que mi primer año, no ciento uno, de eso ni hablar...

¿O es que usted quiere hacerme más vieja?
Mejor olvide mi edad.”

La Habana, abril 1999

LUCIANO RAFART PÉREZ

“Yo nací el 24 de diciembre de 1939, en Madrid, por la zona de Chamberí —en aquel entonces un barrio muy castizo, chulampín—, donde vivían mis padres, Luis e Isabel, junto a mi hermano mayor, Luis.

Al nacer en esa fecha, a las cinco de la madrugada, me tocó toda la canastilla que había sido destinada al primer niño que viniera al mundo ese día en la capital, como un obsequio de la primera dama del país, Carmen ‘la collares’ como le decían entonces en España.

Mi madre tenía un taller de alta costura, en el que realizaba labores de tal calidad que llegó a coser para las infantas de la Corte. Ella tenía un gusto artístico muy fino, era una profesional de la alta costura, y no sólo eso, sino que su sensibilidad para las artes era muy amplia, por lo que pienso que la veta artística que después pudimos desarrollar sus hijos nació de ahí, del espíritu y del quehacer de mi madre, que nos influyó mucho desde pequeños en ese sentido.

También recuerdo que un hermano de ella hacía unas esculturas y miniaturas muy hermosas, con una calidad impresionante, algunas de las cuales nos regaló, pero con el tiempo y las mudanzas que hemos tenido de un país a otro se han ido perdiendo y ya no conservamos ninguna.

Mi padre trabajaba como técnico telefónico, y con frecuencia tenía que desplazarse por toda la ciudad y sus alrededores, llegando hasta Toledo y otras zonas de España por las que se iba extendiendo el servicio de la Compañía Telefónica de Madrid, antes de que comenzara la guerra civil. Después, con la situación de postguerra imperante allá, mi padre pensó probar suerte siguiendo la ruta de su hermano, quien desde años atrás había emigrado, a través de Francia, hacia Cuba.

A La Habana llegamos en el ‘Marqués de Comillas’, a inicios de la década del cuarenta, y vino toda la familia desde el primer momento, siendo Pepe, el menor de los hermanos, quien nace aquí. Ya en Cuba, desde un principio, vivimos siempre por la zona costera de La Habana, primero al este, por el poblado de Cojimar, y luego al oeste, en la playa de Santa Fé, debido a que a mi hermano Luis le era muy favorable el aire de mar para evitar sus crisis de asma.

Aquí mamá no siguió trabajando en la costura, pues tenía que dedicar mucho tiempo a las actividades propias del hogar y a criar a sus tres hijos, que no éramos nada tranquilos, sobre todo yo, tremendo mataperros, con la cabeza llena de golpes y haciendo unas travesuras cada vez peores, como la del día en que me hice a la mar con Luis en un bote, y cuando nos cansamos de remar, ya bien lejos de la costa, se me ocurrió la idea de botar los remos para ver hasta dónde nos llevaba la corriente.

Para hacerte el cuento corto, te diré que mi padre llegó a casa a las tres de la tarde y encontró a mi madre desesperada, quien notó nuestra ausencia desde la hora de almuerzo, y como no nos hallaron por toda Santa Fé, pipo habló en la Marina y desde allí, con unos anteojos, divisaron a lo lejos un punto diminuto hasta el que llegaron en una lancha rápida y nos encontraron, estando los dos totalmente quemados del sol. De vuelta a casa mi padre no nos pegó, pero nos puso un castigo para que nunca en la vida se nos olvidara: nos ató de espaldas a una mata de cocos que había en el patio de casa, y allí nos dejó el resto del día a pesar de que mi madre imploraba clemencia, pero él se mantuvo firme hasta el final, y de verdad tuvo un gran efecto de escarmiento por bastante tiempo.









Al cabo de varios años en Cuba, en 1949, los tres hermanos nos fuimos con mi madre a España, mientras mi padre quedó trabajando aquí. Los motivos de ese viaje fueron varios, por una parte la situación económica no había marchado como se esperaba, eran tiempos difíciles y el trabajo estaba muy malo en Cuba, y, por otra, mi madre quería ir a ver a su familia en España, a tía Luisa, a Pilar, a todos los que dejó desde que emigramos.

Aquel viaje también lo hicimos en barco, en el 'Reina del Pacífico' y duró como veintisiete días que disfrutamos mucho; cruzar el océano hasta la península era toda una aventura para nosotros, si andábamos hasta con un pollito muy pequeño que a Pepe se le ocurrió llevar, y a duras penas fue creciendo durante la travesía, pues en más de una ocasión los marineros tuvieron que impedir que cayera al mar.

Desembarcamos en Valencia, y seguimos directo hasta Madrid, donde lo primero que hicimos fue comprarnos ropas de invierno, y de paso allí estrené yo mi primer pantalón de bombacho, pues en La Habana sólo había usado pantalones cortos.

Fuimos a vivir a la Colonia San Fermín, con mi abuela y mis tías maternas, quienes habían seguido dedicadas a la costura. En realidad, esos fueron unos años muy felices, llenos de gratos momentos que siempre recuerdo, como el de jugar con la nieve sin sentir ningún frío.

Al poco tiempo, producto del asma de Luis, nos mudamos para Barcelona, donde vivimos en un pueblo muy bonito de la costa catalana, Masnou, a quince kilómetros de Barcelona en dirección a Francia. Allí volvimos a tener playa, como habíamos disfrutado en Cuba, y nos fue tan bien que seguimos viviendo en Masnou hasta que yo cumplí los dieciseis años de edad. La casa era grande, y muy larga, con la entrada de enfrente por una calle y la del fondo por la calle de atrás.

Recuerdo que yo dormía en un cuarto que había debajo de la escalera, donde se planchaba, porque me parecía el más caliente en las noches de invierno, y por las mañanas remoloneaba mucho para levantarme, sobre todo cuando veía que Luis decía que se sentía mal, con asma, y lo dejaban en casa, pero si yo decía que me sentía mal me

gritaban: ¡a la escuela, corriendo! Porque yo siempre fui muy fuerte y saludable, y no paraba de estar jugando por la calle y haciendo gamberradas.

En Masnou estudiamos hasta el Bachillerato, e íbamos a examinar al Instituto de Barcelona, y es en aquel hermoso pueblo donde mi hermano Luis comienza a pintar, con un profesor que había sido discípulo de Sorolla, seguido luego por mi hermano Pepe, quien también hizo algo en la pintura, pero el último que se sumó a esas inquietudes artísticas fui yo, que entonces estaba más ocupado con una novia que tenía por allá.

Ella se llamaba Josephine, y era francesa, pero como su padre era escultor, cada vez que iba a visitarla me ponía a observar cómo él estaba esculpiendo en piedra, durante horas y horas, hasta que ella se molestaba porque yo atendía más a la obra que a la novia.

Mientras, mi padre seguía en Cuba, montando una empresa de publicidad que empezó a dejarle bastante dinero, parte del cual nos fue enviando a España durante todo ese tiempo, hasta que estuvo lo suficientemente sólido como para reunirnos de nuevo a todos aquí. Pero de Barcelona no vinimos directamente a La Habana, primero nos fuimos de nuevo un tiempo a Madrid, y de allí a Málaga, hasta terminar en Vigo, desde donde embarcamos a Cuba en el año 1957.

En España dejamos muchas cosas queridas, desde las costumbres de ese pueblo marinero en Cataluña, con sus Cucañas, las fiestas patronales por el verano, y sus competencias de pesca en la orilla, en que gané varios premios de varas, rollos de hilo y otras artes de pesca, además de las competencias de natación, unos dos mil metros en el mar, donde obtuve el segundo lugar en 1956, como se puede apreciar en esta copa que me gané como premio, así como en algunas de las fotografías que todavía conservo de aquellos años.

De Madrid también guardo muchas cosas en mi memoria, de toda la ciudad, sus gentes, y algunas de sus costumbres, como es el caso de la siesta; yo me asombraba de ver la quietud que se imponía en las casas, las calles, y todo el barrio al mediodía, con un silencio que podía palparse con la mano, prácticamente.





En Málaga mi madre decide nuestro regreso a Cuba por una causa mayor: sacarme a mí de los toros. El problema fue que allí yo había conocido a Antonio, un muchacho hermano del torero Manolo Segura, que era novillero y me embulló a meterme a los toros. Empezamos a torear escondidos, pero en cierta ocasión me lancé al ruedo en la plaza de Málaga y un novillo me hace esta herida en el brazo, ante lo cual mi madre no aguantó más. Ella aseguró: a este muchacho hay que sacarlo de aquí, para que deje los toros antes de que sea demasiado tarde. Se insultaba de imaginarme vestido de torero, como aparece mi padre en esta fotografía que siempre he guardado con especial cariño, por alguna razón será.

Cumplí los dieciocho años en el barco en que viajamos a Cuba, de nacionalidad portuguesa, el 'Santa María', donde venía con Luis, en un viaje bastante apurado por lo de los toros en el caso mío, y porque mis padres no querían que mi hermano fuera a servirle a Franco y él ya entraba en la edad militar. Mientras, mima y Pepe se quedaron un tiempo más en España, hasta organizar el viaje definitivo a Cuba.

Nosotros hicimos la ruta Vigo-Madeira-Curazao-La Habana, y aunque veníamos en segunda clase pudimos ver que en primera viajaba uno de los hermanos Kennedy.

Cuando llegamos a Santa Fé lo primero que hicimos fue recorrer todos los lugares que conocíamos de niño, desde nuestra casa hasta la bodega, y por el camino mucha gente nos reconocía a nosotros, sobre todo aquellos que me decían: tú eres Lucianito, el que me rompió la cabeza cuando niño, y entonces nos echábamos a reír.

Aquí yo empecé a trabajar ayudando a mi padre en su empresa de publicidad, y me tocaba desde colocar las carteleras lumínicas que él hacía, hasta ir a limpiarlas y cambiarlas cuando era necesario. Esas eran unas carteleras con iluminación eléctrica, que estaban en cines, tiendas y restaurantes, incluso hasta en Tropicana, con fotografías de esos lugares, como propaganda; algo que daba mucho dinero, sin hacer nada prácticamente, y no tenía competencia.

Así que cuando yo iba para limpiarlas, cambiarlas, o cobrarlas, me dejaban entrar gratis en cines, restaurantes, y alguna que otra vez has-

ta el propio cabaret Tropicana, en esa época, cuando yo era un bailaror tremendo.

Enseguida empecé con la idea de extender el negocio de las cartele-ras a otros países, por ejemplo a Venezuela, pero cada vez que le habla-ba de esa idea a mi padre él cambiaba de tema. Mi hermano Luis tam-bién se dedicó a la publicidad, haciendo diseño de ropas, joyas y otros encargos para ‘Wastela’, una importante empresa que estaba en la cén-trica esquina habanera de L y 23.

En 1961 se reunieron mi madre y Pepe con nosotros en La Habana, en nuestra casa de El Vedado; y tras la nacionalización de la empresa de pipo, y los cambios en la vida del país, nosotros pasamos a otros emple-os. Por ejemplo, Luis a pasó a un lugar donde se hacían esmaltes, con un material que luego se cristalizaba al horno, de los que quedan unas muestras todavía por aquí, incluyendo obras de esmalte sobre cobre, que nadie hacía en Cuba.

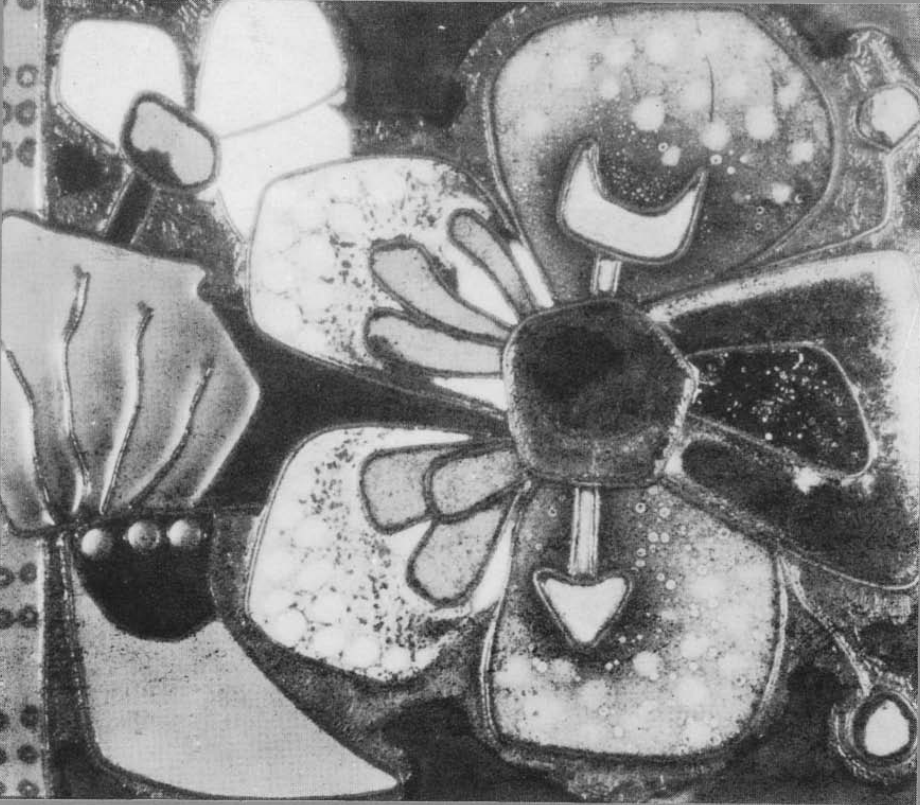
Cuando vino el cambio de dinero nosotros pudimos cambiar lo que teníamos y Luis fue montando su tallercito en esta casa donde yo vivo ahora, en la playa de Baracoa.

En aquella época yo estuve trabajando en el diseño de una nueva mar-ca de cerveza cubana, que se iba a llamar ‘La Criolla’, pero nunca lle-gó a salir al mercado; sin embargo, una tarde que no tenía nada que hacer en aquella fábrica me puse a observar los tachos metálicos donde se coci-naba la cerveza, y como ya no se iban a utilizar más yo corté una parte del fondo, que era de cobre, y me puse a experimentar en sacar unas bisu-terías a partir de aquello.

Entonces no imaginé todas las cosas que con el tiempo llegaría a reali-zar en el campo de la orfebrería. Las primeras obras que hice fueron unos medallones a modo de collares para las mujeres, yo los trabajaba con un clavo, muy despacio, luego les ponía unos cordones, y al final aquello se vendía como pan caliente por La Habana. Todavía hay alguno dando vuel-tas por aquí, recuerdo que la primera tienda que me compró esos adornos femeninos fue ‘La Tijera’, en la calle Monte, pagándome dos pesos por cada uno, que luego ellos lo vendían a dos pesos y cincuenta centavos.



LOS RAFART EXPONEN

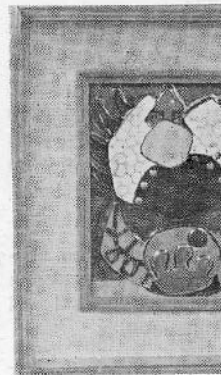


Exposición Rafart**EN POS DEL
ARTE A GOLPES
DE MARTILLO**

Dos de los hermanos Rafart, Luis y Luciano, exponen esta vez en la Galería L del edificio "Julio Antonio Mella", en la ciudad de La Habana. Los dos nacen en España, en Murcia y Madrid respectivamente. El quehacer artístico de los tres hermanos —no debemos olvidar al menor, Pepe— es ya conocido en el ambiente plástico y cultural dentro y fuera de Cuba.

Tanto Luis como Luciano son autodidactas y magníficos orfebres. Han participado en exposiciones colectivas en el país y en el extranjero. Luis presenta en esta ocasión veinticuatro obras, cuyo motivo central son las flores, trabajadas en esmaltes multicolores sobre cobre, y un paisaje en el que demuestra su "virtuosa utilización del esmalte sobre el fondo neutro del cobre".

Luciano, además de orfebre, es escultor en metal y en madera. Ha realizado decoraciones variadas en hoteles, organismos y museos cubanos; en la Casa de las Américas de Nueva York y su quehacer como muralista está presente en países como Jamaica, Japón, Unión Soviética, Hungría, Suecia, Dinamarca, Argelia y Nigeria.





Después fui a distintas tiendas, como ‘Fin de siglo’ y otras de mucho público, donde empecé a ampliar el surtido con brazaletes y anillos, además que contraté a un hombre para que los cincelara, a quien pagaba 50 centavos por cada uno. Como todos aquellos artículos salían solo en color cobre, pensé en la posibilidad de diversificar la oferta con un baño color dorado o plateado, y me fui a la casa ‘Faroy’, al lado del cine ‘Capri’, donde le daban el recubrimiento que yo quería, y así ganaba más dinero todavía, porque lo que costaba ese baño era insignificante al lado del precio al que podía vender al producto así terminado, además de que amplié el surtido a ceniceros y otras cosas con el mismo material, como platos ornamentales, combinando cobre, latón y otros metales soldados con estaño que yo compraba a bajo precio en esa época.

Una parte de la materia prima lograba comprarla a organismos del Estado, pero otra parte la buscaba en algunos basureros, donde aprovechábamos desde piezas de carro hasta todo tipo de desecho metálico. Por ejemplo, de las bobinas eléctricas de los automóviles hacíamos unas lámparas que se pusieron en muchos restaurantes y pizzerías de La Habana, y así, un trabajo nos traía otro, y no teníamos para cuando acabar.

Nosotros éramos tres hermanos que cada vez que hacíamos algo en el arte teníamos gran impacto, como fueron nuestras exposiciones en el Museo de Artes Decorativas de La Habana, en las que cada uno llevaba lo más novedoso de su línea de trabajo.

El cambio en mi concepción de aquella actividad ocurrió cuando empecé a hacer murales, pues el paso de lo comercial a lo artístico propiamente dicho se produce al realizar los primeros murales en metal que me encargaron del Ministerio de Relaciones Exteriores, eran unos murales y unos retratos grandes que significaron un reto para mí.

Yo me proponía metas, y decía: ahora voy a hacer tal personaje, y no paraba hasta lograr el mejor resultado. Inicialmente hice muchos retratos de personalidades como Martí, Fidel, y el Ché, todos en la técnica de repujado, cincelado sobre una plancha de cobre. Trabajos que hacía en un taller de la Manzana de Gómez, y hasta allí un día llegó

nada más y nada menos que Salvador Allende, quería aprender a trabajar el cobre y se puso de ayudante mío, de la forma más modesta del mundo, totalmente incógnito. Como él tuvo que regresar de pronto a Chile, yo le envié tres platos en cobre con su esposa, que estuvo más tiempo en Cuba, y ella me confió que Allende tenía muchas obras mías en 'La Moneda', porque admiraba especialmente mis creaciones en cobre.

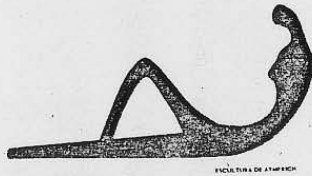
En 1974 Luis y yo hicimos nuestro primer viaje de visita a España, luego de tanto tiempo en Cuba, y yo fui con mi esposa Carmen, quien es hispano-soviética. Recuerdo que, en esa ocasión, los trámites en Migraciones de Cuba se demoraban mucho, y casualmente una persona que yo conocía, un santero, me dijo: no vaya a salir de La Habana en los próximos días porque le van a dar la noticia de autorización de su salida, pero no por carta o telegrama, sino personalmente. Y así mismo fue, un buen día, por la calle, me encontré con el funcionario que atendía mi caso y me dijo que acababan de aprobar mi salida de viaje temporal a España.

Recorrimos todo Madrid y algunas zonas de España, como Aranjuez, Toledo, Sevilla, Zaragoza y Barcelona, hasta que se nos acabó el dinero y regresamos a Cuba; fue un viaje maravilloso, sobre todo por volver a mi ciudad natal, que recorrí de punta a cabo.

El viaje siguiente lo hicimos en 1978, Carmen y yo solos, ocasión en que decidí enviar una pieza a la bienal de Marbella, como se aprecia en este catálogo, y luego uno de los hoteles Meliá quería un mural mío, pero finalmente esa gestión demoró mucho y también nos fallaron otras perspectivas de trabajo.

Entonces, en Madrid tomamos la decisión de seguir viaje hacia Venezuela, donde teníamos unos amigos que nos dieron mucha ilusión sobre las posibilidades de abrirnos camino allí. Una vez en Caracas, las cosas tampoco salieron como pensábamos, porque las mayores posibilidades estaban en las afueras de la ciudad, y todo se fue haciendo cada vez más difícil, por lo que se nos ocurrió la idea de irnos a Puerto Rico, sin que pueda precisar ahora exactamente la causa por la que elegimos ese país.

BA
M



V

BIENAL INTERNACIONAL
DE ARTE
DE
MARBELLA

Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Marbella

OCTUBRE — NOVIEMBRE 1979



En San Juan empezamos a buscar trabajo y resulta que un buen día me quedé observando la forma en que un hombre estaba raspando una escultura pública, hecha en bronce, para limpiarla, y allí mismo le pedí los datos de su superior y me fui a verlo, con tan buena suerte que el hombre me contrató como restaurador de obras de la capital. Con ese nuevo trabajo conocí al Alcalde de San Juan, e hice múltiples obras en esa ciudad, algunas para personas muy interesantes, como fue el caso de Mario Moreno, ‘Cantinflas’, a quien realicé un mural con su rostro.

Luego, me vinculé con el Instituto de Artesanía Puertorriqueño, y también estuve un tiempo cincelandando ‘pantallas’, que no son más que unos aretes de mujer muy de moda en esa época, y llegué a hacer tantas pantallas de esas, que los fines de semana me iba a las afueras de la ciudad a venderlas con muy buen resultado.

En medio de aquello yo hice una imagen de Martí en cobre, para regalársela a los cubanos que vivían en San Juan, pero ellos no quisieron ese regalo porque decían que Martí era comunista, fíjate que burros eran. Pero bueno, aquella obra me sirvió para pasar la comisión de evaluación del Instituto de Artesanía Puertorriqueño, donde me dieron el carné oficial de artesano en ese país. Tiempo después, al terminarse mi contrato en el Museo, y no pudiendo renovarlo por más tiempo por ser extranjero, en 1980, me fui para Miami, aprovechando que la visa de Puerto Rico servía por igual para todos los Estados de la Unión Americana.

Carmen no me acompañó en ese viaje, en el que pude ver a mi hermano Luis que estaba por entonces en Miami, donde conocí a una señora millonaria, Thery Mc Keny, que tenía doce casas, para las cuales hice algunos trabajos en metal. Ella primero me compró una pieza y después la conocí mejor, en medio de sus excentricidades, como la de irnos a dar una vuelta en helicóptero sobre sus propiedades, a las que hice muchas fotografías, y la de entregarme un coche Jaguar para que yo pasara por las calles de Miami.

En ese tiempo yo exponía en una Galería de Coconcrow, y allí, cuando mejor me iban las cosas, resulta que un cubano se pone a estar diciendo que yo era comunista. Imagínate tú, aquello fue poniendo a la

gente de Miami en contra mía, y llegó el momento que para ver arte yo tenía que irme al pueblo de Fort Loderdale, a una hora de viaje por carretera. Se me puso tan mala la situación en los círculos de exposición y venta de arte, que más nadie compró una obra mía, y llegué a sentir que yo era como la peste. Entonces pensé en la forja del hierro, para abrirme camino en otro campo, y un día me fui hasta el Museo Vizcaya y hablé con el italiano que era restaurador allí. En ese lugar el primer trabajo que me dieron fue restaurar una gran puerta de hierro, con muchos ornamentos, que estaba totalmente oxidada y le faltaban algunos pedazos, como se puede apreciar en estas fotografías, antes y después de que pasara por mis manos.

Haciendo esas labores conocí un arquitecto que hacía decoraciones y me contrató varias mesas de hierro y otros muebles, de los que también guardo algunas fotos. En esas creaciones me desarrollé tanto que pude llegar a independizarme de ese arquitecto y pasé a diseñar y hacer yo solo mis muebles, alcanzando a vender unos noventa mil dólares al año.

Algunas de esas obras salieron retratadas en varios periódicos y me convertí en el artista del hierro para todas las mansiones que se fueron haciendo en esa época en Fort Lodedale, Coconut Grove y Coral Gables. Eso no era ningún milagro, sino una combinación de mis conocimientos de escultura y mi capacidad artística con mucho esfuerzo y dedicación al trabajo. Como yo soy español, y siempre he mantenido mi ciudadanía y nacionalidad españolas, no tenía problema para venir con frecuencia a Cuba, a través de México, varias veces al año, por lo que alguna gente a veces me preguntaba dónde yo vivía realmente, si en Miami o en La Habana.

Eso fue hasta 1994, pero llega un momento en que uno se aburre de todo, y más si no te encuentras entre los tuyos, porque en Estados Unidos nunca me llegué a sentir como en casa. De Miami me fui a Costa Rica, con todas mis herramientas, pero sólo por un tiempo, porque luego me fui a vivir un año a Panamá, donde tuve una novia, Rosario, que tenía una tienda de muebles, pero las cosas no resultan siempre como uno se imagina y al final regresé definitivamente a Cuba.









Por aquí tengo un suplemento del periódico ‘El Nuevo Herald’ de marzo de 1997, con un artículo donde dan la noticia de mi regreso a Cuba, mencionándome como uno de los ‘exiliados’ en Miami que volvía a La Habana, y señalando que lo hacía luego de un largo período en que fui conocido por mis obras y la labor de restauración en importantes piezas de hierro de aquella ciudad.

Bueno, para esa pregunta, Aurelio, mejor te muestro una copia de mi curriculum vitae, donde se relacionan los principales premios recibidos con mi obra artística, por ejemplo los obtenidos en escultura, como son:

- 1982.– Open House, tercer premio
- 1982.– Hispanic Heritage Festival, primer premio
- 1983.– Coral Gables Art Show, segundo premio
- 1984.– 8th Annual Art Show Hialeah, tercer premio
- 1984.– Spanish Monastery Art Show, segundo premio.

En cuanto a las exposiciones, la lista del propio documento suma las realizadas en más de diez países, como son: Chile, Venezuela, Perú, Estados Unidos, España, Nigeria, Alemania y Cuba, entre las que citaré:

- 1972.– Museo de Artes Decorativas, La Habana
- 1975.– Universidad de La Habana (pequeño formato)
- 1976.– Exposición internacional de Nerja, Málaga
- 1981.– Museo de Arte e Historia, San Juan
- 1983.– Petit Gallerie, Miami

Por otra parte, diversas publicaciones han reflejado algunos momentos importantes de mi labor artística, como puedes leer en las siguientes:

- Revista ‘Bohemia’, La Habana
- Revista ‘Cuba’, La Habana
- Diario ‘El Mundo’, San Juan
- Diario ‘Las Américas’, Miami
- Boletín de la Comisión Cubana de la UNESCO

Ahora estoy viviendo en esta casa en Baracoa, que guarda tantos recuerdos para mí, sobre todo porque fue donde vivió mi hermano Luis hasta su muerte. Luego te mostraré algunas de sus obras que aquí se conservan, como las realizadas con esmalte sobre cobre. En cuanto a Pepe, también debo decir que ha llegado a ser un orfebre y escultor de reconocida obra artística a escala internacional.

Prueba de que esta vez regresé definitivamente a Cuba es que el viaje lo hice con 1500 kgs de equipaje, que llegaron por barco, pues traje todas mis máquinas y herramientas, bueno, no todas, porque eso sería imposible, pero sí las principales.

Ya estoy preparando de nuevo el taller de trabajo, en los bajos de esta casa, donde mi esposa Julchen y yo compartimos nuestro tiempo con la cotorra Lupe y los canarios Pavarotti y Andrea Bocelli.

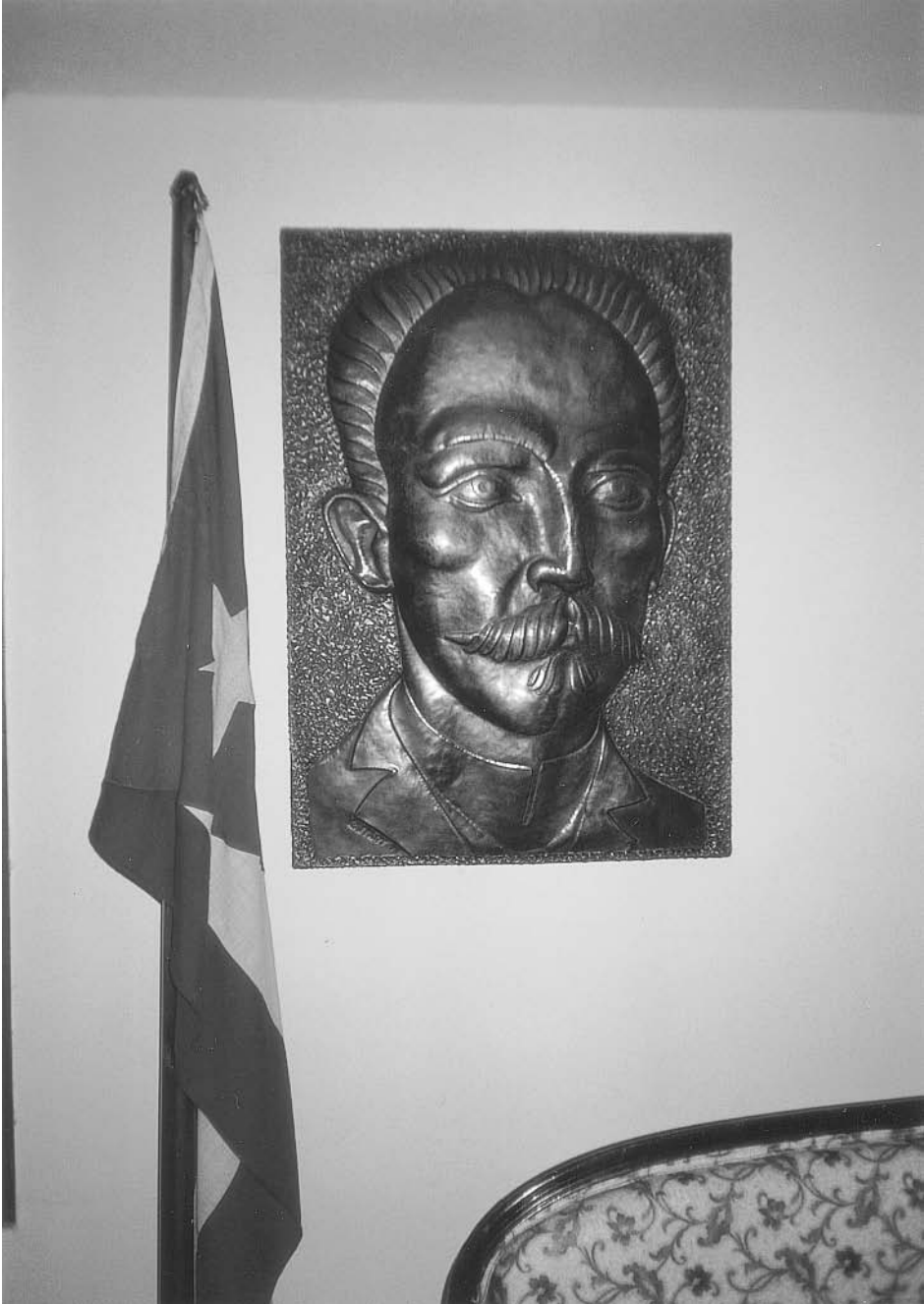
Tengo muchos ánimos para emprender nuevas obras, alguna de las cuales ya están en boceto, o fase inicial de preparación. Si quieres, podemos pasar a mi estudio, donde a pesar del reguero imperante podrás apreciar algunas de las cosas en que trabajo actualmente, así como el proceso por el que tienen que pasar las obras desde que son un simple boceto hasta que se convierten en un producto final.

Todas mis obras me gustan, creo que no tengo ninguna preferida, será porque las disfruto a cada una en su tipo, en su estilo, desde que las imagino hasta que les voy dando forma y llegan a hacerse realidad.

Un buen ejemplo es ésta que estoy realizando en estos días, que ahora te mostraré para explicarte directamente todo el proceso que transcurre desde la idea inicial hasta el resultado definitivo. Como verás, es una cabeza de mujer, con una combinación de caracoles y motivos marinos, conformando un conjunto de cierto tamaño, que espero terminar muy pronto.

Pero bueno, si insistes en que te mencione una, por último, pudiera decir que es el retrato de Martí que está en la misma sede de la presidencia de la Asamblea Nacional de Cuba. Muchas veces la he visto en fotografías que salen en la prensa y me alegra verla de nuevo, por su diseño, su acabado y también por el lugar tan significativo en que se encuentra.





No todo el mundo tiene el honor de que un fruto de su creación esté en el órgano supremo de su país; porque no quisiera terminar esta entrevista sin asegurarte algo, yo nací en Madrid y viví muchos años en España, pero me siento cubano como el que más. Nacido aquí o allá, amo por igual a España y a Cuba, como ha sucedido a tantos con una vida compartida entre dos tierras separadas sólo por el mar.”

Baracoa, mayo 1999

**MARÍA DE LA CONCEPCIÓN
RICO MARTÍN**

“La casa donde vivían mis padres cuando yo nací, el 10 de diciembre de 1945, está en una dirección muy céntrica de Madrid, próxima a la puerta de Toledo, en la calle Ventosa número 25. Ellos se llamaban Emilia y Luis, pero sólo mi mamá era madrileña, pues papá había nacido en La Habana debido a un viaje que hicieron mis abuelos a Cuba, tras una especie de quiebra que tuvieron en España, en la que perdieron parte de sus propiedades.

Según me han contado, mi abuelo paterno era un poco aventurero y prefirió probar fortuna en Cuba antes que intentar recuperar sus negocios en Madrid, viviendo durante varios años en La Habana, desde 1912. Aquí ocurrieron muchas cosas que parecen de película, como el hecho de que abuelo se fue a trabajar en el giro de los ferrocarriles y, en medio de sus largos viajes al interior del país, resulta que una vez se perdió todo contacto con él, y al paso de mucho tiempo, cuando abuela pensó que se había quedado sola en América, él reapareció en la capital como si nada, ni siquiera un rasguño.

Aquí se puso a trabajar en los tranvías, de conductor, y una vez estabilizados en la capital es que nace mi padre, en el año 1922, siendo inscripto en el Consulado como español; y no sólo eso, sino que posteriormente, cuando el gobierno de Cuba dicta una ley para

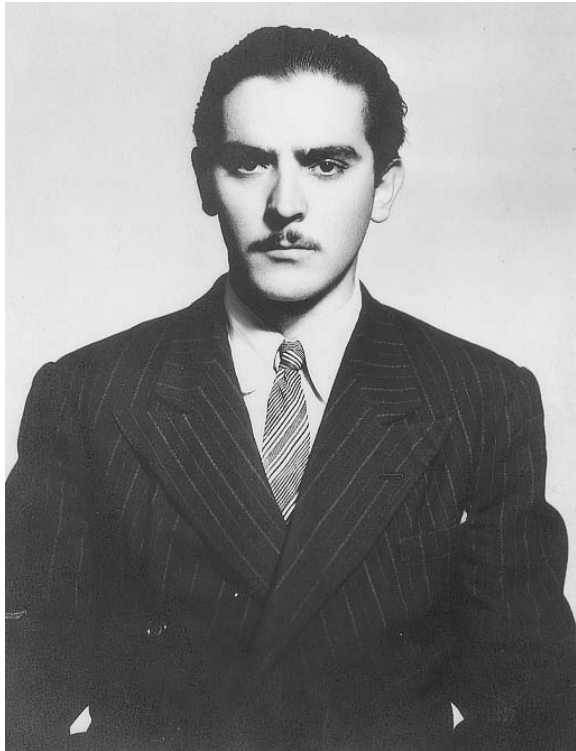
proteger el empleo de los nacionales frente a los inmigrantes, mi abuelo escoge irse de nuevo a España antes que hacerse ciudadano cubano. Fue una decisión difícil, seguramente, cuando lo común entre los españoles asentados en la Isla entonces era tramitar la carta de ciudadanía cubana para así poder conservar sus plazas de trabajo.

Quién hubiera podido decirles que llegando ellos a España, aquel año de 1936, iba a estallar la guerra civil. Pero así transcurrieron las cosas, y es en Madrid que mis padres se conocen, se casan y van a vivir a esa dirección en que yo nací, donde también papá tenía su taller de ebanistería, en el sótano.

Como tú sabes, Aurelio, los años de postguerra en toda España fueron muy duros, y la capital del país no fue ninguna excepción en ese sentido, por lo que en 1949, cuando yo tenía tres años de edad, mis padres pensaron en la idea de irse un tiempo para Cuba, donde llegamos el 10 de marzo de 1949, a bordo del ‘Magallanes’, luego de un mes de travesía que incluyó algunas escalas antes de atracar en el puerto de La Habana. En esta ciudad nosotros iniciamos una vida totalmente normal, como si no fuéramos extranjeros, ni inmigrantes, en un ambiente muy favorable, realmente, con el que siempre ha contado todo español en Cuba, y yo como una niña cubana más, al comenzar el siguiente curso escolar mis padres me matricularon en una escuela que era filial del Apostolado. Después pasé a estudiar en el plantel ‘Concepción Arenal’, del Centro Gallego de La Habana, que no estaba ubicado en su sede central, sino en las calles de Prado y Dragones, la céntrica esquina habanera, al lado del teatro Martí.

Cuando terminé mis estudios básicos en ese centro, yo matriculé Secretariado Comercial en el ‘Havana Bussines’, que después del año 1961 se llamó ‘Escuela de Administración y Comercio’, donde llegué a graduarme en 1963, comenzando a trabajar en el INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria), pero por muy breve tiempo, ya que no tenía la edad mínima para ser trabajadora todavía. Luego pude empezar en una empresa dedicada a la administración colectiva que pertenecía al MINCIN (Ministerio de Comercio Interior), y me mantuve en esa actividad por varios años.





A medida que transcurrió nuestra vida en La Habana, durante tanto tiempo, nuestro hogar era un ejemplo más de lo que sucede a la mayoría de las familias españolas en Cuba, pues a pesar de integrarse totalmente a la población nativa nunca llegan a olvidar las costumbres y tradiciones de su propio lugar de origen.

Por ejemplo, en el menú semanal de casa había siempre un plato obligado que era el ‘cocido a la madrileña’, algo que mamá lo seguía haciendo aquí igual que allá, según la receta original, es decir: se cuecen los garbanzos en una sopa, con carnes, chorizos, jamón, papas y todo lo que se le va a echar, y después eso se cuele y se sirve al natural, sin el caldo, por lo que es muy corriente escuchar que el cocido se hace solo, pues a pesar de ser un plato tan completo no requiere mayor esfuerzo en la cocina.

También recuerdo que mientras vivimos en las calles Luaces y Lugarreño, esquina a la ‘Quinta de los Molinos’, en el mismo centro de La Habana, siendo yo una niña todavía, mi madre me llevaba a jugar al parque que está al lado de la embajada de España, donde solían reunirse emigrantes naturales de todas las regiones de la península, y mamá siempre decía que entre tantos conocidos de Galicia, Asturias, Andalucía, etcétera, nunca había visto a un madrileño ni a una madrileña, algo que muchas veces le escuché comentar con cierta tristeza.

Por eso, al no existir en esa época una sociedad que agrupara a emigrantes y descendientes de Madrid en la Isla, ella se hizo miembro de la asociación gallega llamada de ‘Chantada y su comarca’, pues como todos sabemos, estas agrupaciones de emigrantes gallegos estaban abiertas a otros españoles procedentes de regiones que no contaran con centro de reunión en Cuba.

Por otra parte, mi madre, quien al igual que mi padre nunca se hizo ciudadana cubana, siempre trató de mantener el contacto con la parte de la familia que había quedado en Madrid, en la medida que era posible, a pesar de la distancia y el paso del tiempo, así como de las circunstancias en ambos países, pero el momento más emocionante ocurrió cuando ella tenía setenta y siete años, a mediados de 1996, y se

produce su primer viaje de visita a España, integrando un grupo del programa ‘Viajes de la tercera edad’ organizado por la Dirección General de Ordenación de las Migraciones de España y el IMSERSO.

En esa fecha ya mi padre había fallecido, y yo tampoco pude acompañarla, pero a pesar de no estar junto a ella físicamente lo cierto es que emocionalmente sentí que iba a su lado en cada momento, sobre todo por la gran felicidad que nos produjo que ella pudiera cumplir su sueño, como siempre repetía: el de volver a ver España antes de morir. Así fue, pues poco tiempo después de ese importante viaje mamá enfermó y luego de un período en que estuvo muy delicada, finalmente falleció. Quizás por eso las imágenes de ella que más conservo en mi mente son las relacionadas con esa visita a España, donde mamá vio hecho realidad aquel sueño, y pudo reencontrarse con sus seres queridos en Madrid.

Después, a su regreso, mamá me contó muchas cosas que antes de viajar parece que no quería desempolvar, como si fuera necesario volver allá para despertar recuerdos que parecían dormidos para siempre. Lo más importante, entonces, fue su abrazo con cada uno de los familiares que le quedaban allá, como son sus sobrinos, pues su hermano había fallecido recientemente, y también volvió a ver a su cuñada, y en general todos ellos le hicieron pasar unos días muy felices.

Durante ese viaje, a mamá le realizaron varios vídeos, a través de los cuales después yo pude ver cómo habían sido aquellos emotivos abrazos, aunque casi no trajo fotografías, y una de las pocas que conservo es ésta, donde ella aparece en el preciso momento que la estamos despidiendo en el aeropuerto de La Habana, destino a Madrid, luego de cuarenta y siete años fuera de su patria.

Tiempo después, a principios del presente año 1999, ocurrió la sorpresa de otro reencuentro, cuando yo volví a España en el mes de marzo —medio siglo exacto desde mi salida de Madrid—, integrando también uno de esos grupos organizados como parte de los programas que el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales de España coordina anualmente con la Sección Laboral y de Asuntos Sociales, cuya oficina en Cuba está dirigida por el Sr. Lope Serrano Calderón.





Claro que hay muchas otras cosas que puedo contarte, desde que nos establecimos en La Habana y hasta que se producen estos recientes viajes, pero he comenzado refiriéndome a ellos, ante todo, por el significado que han tenido para nosotros, y no sólo en el plano familiar, para mi madre y para mí, sino también con relación a otro tema del que te hablaré después, detenidamente, pues se trata del esfuerzo que hemos emprendido desde el pasado año por identificar a los últimos madrileños emigrantes en la Isla, y organizar con ellos y sus descendientes la Asociación de Naturales de la Comunidad de Madrid en Cuba.

Antes, quisiera comentar algo más acerca de este viaje del que acabo de regresar, en el que tuve la suerte que me pudo acompañar mi esposo, Generoso Escudero, hijo de gallegos, con quien llevo treinta años de casada, y tengo un hijo, Juan Carlos, así como un nieto que ya tiene cuatro años de edad.

Lo primero de todo es mostrarte esta fotografía, hecha cuando yo acababa de aterrizar en Barajas, y como se aprecia a simple vista, en ese instante yo no podía ocultar que mi primer sentimiento en tierra española fuera para mis padres, junto a los cuales yo había salido de Madrid cincuenta años atrás, y ahora volvía a nuestra ciudad natal sin ellos.

Ese día fue muy emocionante para mí, desde que estábamos en el aire, y al ver el mapa que hay en la cabina de pasajeros, mostrando la posición del avión, me parecía que demorábamos más en sobrevolar Portugal que el tiempo empleado en cruzar todo el Atlántico, desde América a Europa; luego, el tránsito en Madrid fue muy breve pues continuamos de inmediato hacia la ciudad valenciana de Gandía, como parte del grupo de casi cincuenta personas que salió de Cuba, a través de ese programa que te mencionaba y que funcionó maravillosamente durante los quince días previstos.

Después fue que mi esposo y yo nos trasladamos a Madrid, e incluso a otras zonas de España, como Orense, donde a él todavía le quedan algunos familiares, y a Villafranca del Penedés, en Cataluña, el

pueblo donde mi madre se refugió durante la guerra civil española, una etapa sobre la que ella me ha hecho cuentos muy tristes, muy fuertes, y en realidad yo nunca pensé que iba a seguir con mis pasos algunos de los lugares por donde ellos peregrinaron en aquellos difíciles años de sus vidas.

Ahora bien, entre tantas de las anécdotas que recuerdo, el instante más increíble de todo el viaje fue la mañana en que llegué hasta Ventosa número 25. Aún me parece estar recorriendo cada una de esas calles de nuevo, desde la estación del metro, en la Puerta de Toledo, hasta llegar caminando justo frente al edificio que aparece en esta fotografía.

Yo no podría expresar con palabras todo lo que sentí de pronto, ante el lugar exacto en que comencé a descubrir la vida, en medio de Madrid, junto a mis padres, como te contaba al inicio de nuestra conversación. Imagínate hasta donde tuve buena suerte, que algunos de los vecinos más viejos del edificio recordaban a mis padres por sus nombres y la fecha en que partimos hacia América, algo increíble, pienso yo, sobre todo al contarme que toda esa zona se echó abajo tras la guerra, y sólo quedaron en pie ese edificio y el contiguo, por estar situados al fondo del hospital de la Venerable Orden Tercera, siendo restaurados ambos inmuebles posteriormente, quedando como mismo eran en los años en que mis padres se mudaron a ese piso.

No quería irme de allí, entonces me mostraron el sótano, donde mi padre tenía su taller y venta de ebanistería, que al emigrar a Cuba dejó a su hermano, un tío que no llegué a ver en esta ocasión pues casualmente había muerto a principios de año, y ahora en ese lugar se encuentra un taller de confecciones de punto, según pude ver personalmente.

Vuelvo a observar esta fotografía y me emociono igual que aquel día sin par en mi vida, entonces lloré, pero ahora trataré de contenerme...

Bueno, de allí seguí a dar un largo paseo por los alrededores, sin prisas, y tuve la dicha de volver a caminar por el mismo parque donde mi madre me llevaba a jugar desde que yo caminaba, y quizás antes, de brazos.





Ya conocía ese lugar por otras fotografías familiares, de cuando yo era niña, y ahora volví a fotografiar el mismo sitio, que es de forma ajardinada, como puedes observar en esta imagen, y se conoce como el parque de la Ronda de Toledo.

También recorrí muchas calles y plazas de Madrid, así como sus principales sitios de interés cultural e histórico, pero en medio de esos paseos yo iba localizando lugares como la iglesia de la Paloma, donde se casaron mis padres, y ahora sentí gran satisfacción al poder conversar un buen rato con el cura de allí.

En cuanto a las visitas familiares, me ocurrió algo similar que a mi madre cuando ella hizo su viaje en 1996, pues en ambas ocasiones, con motivo de nuestra presencia, se pusieron en contacto primos y otros parientes que habitualmente andan cada uno por su lado, sin el hábito de estar al tanto unos de otros.

Algo que me llamó mucho la atención en esos días, andando por Madrid, fueron las fiestas de San Isidro, que se celebran con mucho colorido, siguiendo la tradición, con sus trajes típicos y todo. Yo no las recordaba de niña, porque viajé a Cuba muy pequeña, pero aquí, en casa, mis padres solían recordar esas fechas, no sólo por el patrón de los madrileños, sino también por la virgen de la Paloma, y otras conmemoraciones religiosas propias de Madrid.

Ahora que pones otro casete en la grabadora, Aurelio, pudiéramos aprovechar esta pausa para cambiar de tema y referirme a la labor de nuestro comité gestor de la Asociación de Naturales de la Comunidad de Madrid en La Habana, una tarea que ha sido muy amplia, de mucho tiempo y esfuerzo, sobre la que puedo contestar todas las preguntas que desees.

El primer paso que dimos en este sentido se remonta a los contactos iniciales que hice con la Casa de Castilla en La Habana, pues en esa sociedad de emigrantes españoles se encontraban asociados algunos naturales de Madrid. Al principio no fue nada fácil localizarlos, pues algunos habían fallecido y otros se encontraban en España, ya fuera por razones de viaje o de retorno, pero poco a poco, con mucha constancia, y a pesar de los pesares, como suele decirse, fuimos

uniendo los eslabones de una cadena que en estos momentos suma más de cincuenta naturales españoles nacidos en Madrid y establecidos de por vida en Cuba.

Esto se menciona rápido, ahora, pero es fruto de un largo trabajo de indagación, con su mezcla de hallazgos y tropiezos, como es natural en este tipo de intento aglutinador, en el que hemos ido recibiendo muy gratas sorpresas cada vez que encontramos a un nuevo madrileño, tanto en la capital como en otras provincias del país, sobre todo cuando alcanzamos sumar los treinta primeros naturales requeridos para poder iniciar los trámites de constitución oficial de una asociación de emigrantes, según establece el Ministerio de Justicia de Cuba.

A veces, cuanto más buscamos por un lado, tenemos menos suerte, agravada por el hecho de que cada una de esas primeras personas no conocía a más madrileños en la Isla fuera de los de su propia familia, lo cual hacía más difícil aun nuestra tarea, y en otros casos, cuando menos lo esperamos, aparece otro madrileño de momento, como ha ocurrido en las búsquedas que emprendimos con el apoyo de otras sociedades españolas en Cuba.

Por citar un ejemplo, recuerdo el día en que Josefina, vice-presidenta de la sociedad gallega ‘Hermanas Lorenzana’, me comunicó que habían ido a inscribirse en su asociación dos madrileñas, y de la forma más natural del mundo me ofreció sus datos y pudimos incorporarlas como dos nuevos eslabones de esa cadena que con en el transcurso del tiempo ha seguido creciendo paulatinamente.

Por otra parte, para lograr nuestro objetivo asociativo y de rescate de la raíz madrileña en el conjunto de la presencia hispana en Cuba, no sólo hemos extendido esta búsqueda a nivel de personas como tal, sino que desde el primer momento iniciamos una investigación sobre los antecedentes históricos de nuestra asociación, ocurriendo un gran hallazgo el día en que conversando con Raúl Soto, durante un trámite en el Consulado de España, él me aseguró que a principios de siglo existió en Cuba el ‘Club Madrileño’.

Siguiendo esa pista hasta el final llegamos a encontrar muchas cosas interesantes, como un estandarte de ese Club que data de 1914.



11920
10 187 3616
REGISTRADO AL LIBRO 10 FOLIO 187 NUMERO 3616

GOBIERNO DE LA PROVINCIA
DE LA HABANA

Sección 1ª Negociado de Asociaciones

Iniciado en 24 de Agosto de 1914

Expediente "Hijos de Madrid"
Abril 19/116 "Club Madrileño"
Recreo y Sport

Domicilio

Eduardo F. de ...

También, según los documentos que revisé cuidadosamente en el Archivo Nacional de Cuba, durante varias sesiones de trabajo en que fui atendida por su asesora legal, supimos que este ‘Club Madrileño’ se constituyó en La Habana, el día 22 de agosto de 1914, y cuenta con un expediente completo, cuya carátula es ésta que ahora te muestro.

Esa sociedad, inicialmente, tuvo cierto carácter de beneficencia, y luego fue cambiando su perfil, dentro del marco general de una asociación de emigrantes españoles en la Isla, hasta llegar a quedar inactiva a mediados de siglo, según consta en el último documento de dicho expediente, fechado en 1952. Entre las diferentes sedes sociales que tuvo en La Habana el ‘Club Madrileño’ se encuentran: la calle Monte número 15, la esquina de Prado y Dragones, el edificio del Centro Castellano, así como los altos del número 123 en el Paseo del Prado. Al acercarme a esos lugares, he pensado en la posibilidad de que cuando nuestra Asociación se constituya pueda ubicarse en una de esas direcciones, sobre todo en la última que te mencioné, Prado 123, pues creo que tiene las mejores condiciones para nuestros fines. Yo sueño con ese momento, y creo que más temprano que tarde se hará realidad.

Mientras, debo referirme a otras cosas que nos animan mucho, en primer lugar la emotiva reacción de los propios emigrantes madrileños que hemos conocido en Cuba, quienes nos transmiten su gran alegría por el hecho de que los madrileños logren tener una sociedad como la que cuenta la mayoría de las regiones españolas con decenas o cientos de naturales residiendo aquí. Hay una expresión que les he escuchado decir más de una vez: ¡al fin los madrileños vamos a hacer algo juntos! También del interior del país hemos recibido cartas conmovedoras, donde algunos emigrantes nos alientan en este trabajo, y destacan que para ellos es muy importante poder conocer a otros de sus coterráneos en la Isla; por lo general son personas muy mayores, con una edad en la que este tipo de iniciativa asociativa resulta muy bien recibida.

Por otra parte, ha sido muy positivo el respaldo encontrado en diversas instituciones cubanas y españolas, a las que hemos expuesto los fines de nuestra futura asociación, contando con el aval de ciertas personalidades como la Dra. Daisy Rivero, presidenta de la Sociedad

Económica Amigos del País, y el Dr. Miguel Barnet, presidente de la Fundación Fernando Ortiz, así como los Señores Eduardo Junco y José Manuel Dabrio, Embajador de España y representante de Caja Madrid en Cuba, respectivamente. La lista podría ser muy extensa si menciono a todos los que nos han tendido una mano en esta etapa, pero hay dos personas más que no podría dejar de nombrar: Antonio Fidalgo, presidente del Consejo de Residentes Españoles en Cuba, quien en todo momento ha sido como un padrino de nuestro quehacer por organizar la colonia madrileña en la Isla a través de una asociación regional, así como Ildefonso Dieguez, presidente de la Federación de Sociedades Españolas de Cuba, entidad desde la cual nos ha brindado todo su apoyo para el éxito de nuestro empeño.

En la Comunidad de Madrid también he sostenido importantes entrevistas, a las que pienso dar continuidad durante mi próximo viaje, ya que he sido designada por el Consejo de Residentes Españoles en Cuba para asistir a las Jornadas ‘Mujeres, emigración y retorno’, que la Dirección General de Ordenación de las Migraciones ha convocado para octubre de este año en Segovia.

Pero yo no podría continuar hablando del trabajo de nuestro Comité Gestor sin destacar que su avance no es resultado solamente de una u otra persona en particular, sino que se debe a una fuerte voluntad aunada entre sus diferentes miembros. Eso es lo que nos ha permitido desplegar el arduo trabajo de visitar más de trescientas casas hasta completar la lista de cincuenta naturales que ahora contamos, así como preparar toda la documentación necesaria para los trámites de constitución ante las autoridades cubanas, que incluye la presentación de fotocopias de las inscripciones de nacimiento y otros datos, además de la redacción del proyecto de reglamento de la asociación, entre múltiples pasos y trámites. En total somos ocho personas de origen madrileño quienes integramos actualmente este comité, y para no seguir hablando yo sola, ahora quiero presentarte dos de sus miembros, Mariano Torrubia, de 76 años, y Antonio Recuerdo, de 89, genuinos emigrantes cuyos testimonios te resultarán de sumo interés para este libro, por lo que cedo a ellos seguidamente la palabra...





‘Mi nombre completo es Mariano Torrubia Redondo, y nací el 11 de julio de 1922 en el barrio de La Paloma, donde mi padre era panadero. Aún recuerdo muy bien mi infancia y juventud en Madrid, donde estudié en la Escuela Católica San José, que estaba cerca de casa, pasando la plaza de San Francisco el Grande, y la dirigía una hermana de Cánovas del Castillo, Doña Carmen, quien, por cierto, no sólo me sacó para Bachiller, sino que al finalizar el curso me gestionó una matrícula gratis para que pudiera seguir estudiando.

Era un ingreso para el Instituto, y tenía que pagar solamente un duro –cinco pesetas– por cada trimestre. Eso sí podía mi padre, que además de panadero por las mañanas, por las tardes se iba a las puertas de los almacenes a vender bocadillos, a 15 ó 20 céntimos, según fueran de sardina o jamón. Como terminé el primer año con sobresaliente en todas las asignaturas, obtuve la matrícula de honor, que permitía optar por una beca para estudiar gratis el resto del Bachillerato, y yo me presenté con el grupo de los que tenían esa matrícula de honor en los diferentes grados. Daban dos becas, una de 500 pesetas y otra de 300, yo gané la de 500.

Con eso estudié segundo, tercer y parte del cuarto año, cuando la guerra civil me sorprendió, a los catorce años, a mediados de 1936. Como mi padre era republicano, quise incorporarme a las milicias pero no me aceptaron por ser un niño aún, y me destinaron a enseñar a leer a muchos de los milicianos que no sabían. Luego, en Madrid, la Capitánía General se sublevó en el Cuartel de La Montaña, y como casi todos los hombres mayores de 22 años habían pasado el servicio militar se les dieron armas, organizados por la Unión General de Trabajadores y la Confederación General del Trabajo.

Sucede que esas milicias armadas asaltan y toman el Cuartel de La Montaña, pero el combate seguía por toda la ciudad, donde vi algunos falangistas que disparaban desde las torres de las iglesias contra la milicia. Luego, el cerco fue avanzando en torno a Madrid y a nosotros nos evacuaron del barrio, hasta donde llegaba la artillería emplazada en la Casa de Campo, y nuestra calle se llenó de barricadas hechas con adoquines.

Para sorpresa de todos, en medio de la contienda, en la calle San Mateo, donde estaba la escuela de aparejadores, se abrió el Instituto Pérez Galdós, y allí pude terminar cuarto y quinto años, pues a la mitad del sexto, cuando finaliza la guerra, también se acabó aquella beca fomentada por la República. Luego, mi labor de propaganda en la Juventud Socialista Unificada fue causa para que la guardia fuera a buscarme varias veces por mi antigua casa, adonde no pude volver, y en la Juventud me dicen que tenía que irme antes que me cogieran.

Con dos pesetas salí de Madrid, gasté una en el metro hasta la estación del Mediodía de Atocha, y con la otra saqué un billete de andén. Ya en las líneas, me puse a observar el movimiento de los trenes y decidí esconderme en uno de carga a punto de salir. Pasé en él tres días, comiendo algunas frutas que me bajaba a coger cuando detenían la marcha, hasta que escuché que desenganchaban las máquinas y era el final del viaje, en Algeciras.

Primero busqué donde trabajar y comer algo, y me puse de ayudante de una bodega cuyos dueños me facilitaron salir en un barco para Ceuta, donde pude conseguir un trabajo de pagador con unos contratistas de carreteras en Tetuán. A los dos años tuve que volver a Madrid por causa del servicio militar, pues había una orden por la que todo español con edad militar que no se presentara era la familia quien tenía que ir y mostrar un documento legal de salida del país o fallecimiento, sino cogían preso al padre o familiar más cercano hasta que se aclarara la situación.

El 6 de enero de 1943 me tocó sortear, siendo destinado nada menos que al Regimiento de la Infantería de Ceuta, donde cumplí 25 meses, que luego completé con un año más en la región de Cataluña. Después de todo ese tiempo, al regresar a Madrid, me casé, en octubre de 1946, y al siguiente año nació mi hija, María de Africa Isabel, quien actualmente vive en España.

Como al término de la segunda guerra mundial se acentuó la persecución de todos los que teníamos ideas de izquierda, yo tuve que salir de nuevo de España, pero esta vez lo hice hacia Cuba, donde tenía un tío que era cura de la iglesia de La Merced, aquí en La Habana Vieja.

Cuando llegué a esta isla me puse a trabajar de panadero, y con los tres pesos diarios que ganaba pude ahorrar el dinero necesario para traer a mi esposa e hija conmigo, en el año 1954. Cada mes yo enviaba a casa unos 30 dólares, cuando en Madrid se pagaba a 60 pesetas el dólar por la calle, así que eran casi dos mil pesetas, más de lo que yo ganaría trabajando entonces allá.

Reunidos aquí comenzó una nueva vida para mí, totalmente integrado al pueblo cubano hasta el presente, en que ya tengo setenta y siete años de edad. De todo este tiempo podría contarle muchas anécdotas, en el plano personal, pero prefiero añadir, solamente, lo que ha significado para todos nosotros, integrantes del Comité Gestor de la Asociación de Naturales de la Comunidad de Madrid en Cuba, emprender el gran proyecto de crear dicha sociedad de emigrantes y descendientes de madrileños en este país.

Yo he realizado muchos trabajos en mi vida, desde panadero, según le decía al principio, así como empleado en varias imprentas y editoriales, como fueron la Editorial Delta y Editorial Gráfica, pero aun después de jubilado sigo trabajando, contratado como custodio en las oficinas de Relaciones Internacionales del Poder Popular provincial.

Pero con independencia de mi trayectoria laboral, hoy en día puedo decirle que con los mismos bríos que siempre he acometido mis trabajos, ahora estoy tratando de hacer el máximo posible para apoyar la marcha de nuestro Comité Gestor, hasta que logremos fundar la Asociación cuyos legítimos objetivos nos hemos propuesto los madrileños de Cuba.

Como ya le decía Mary anteriormente, entre todos tratamos de sumar muchas fuerzas hacia esa meta, y uno de los miembros del comité es nuestro paisano Antonio Recuerdo, con quien acabo de coincidir en el vuelo de regreso a La Habana tras un reciente viaje de visita a España.

Ahora le dejo con él, pero antes sólo agregaré que, a pesar de mi edad yo sigo estando activo y le aseguro que aun me queda mucho para poner el punto final...’

‘Me llamo Antonio Recuerdo Girón, y mi fecha de nacimiento es el 16 de julio de 1909, en ese lugar tan conocido de Madrid que es Cuatro Caminos. Siguiendo la tradición familiar, pues mi padre siempre trabajó en el giro de las artes gráficas, desde los catorce años yo me inicié en ese medio, y parece que no era tan malo cuando llegué a trabajar en los diarios ‘El Sol’ y ‘La Voz de Madrid’, así como en la editorial Espasa Calpe.

Allí se hacía un trabajo de mucho rigor, en sentido general, y yo estaba en la sección de fotograbado, una parte muy interesante del proceso editorial, y casi sin querer leía de todo, pues siempre uno acaba leyéndose lo que está preparando. Después de cinco años en ese empleo, cuando ya era mayor de edad, puse un taller propio con cuatro compañeros, donde trabajamos por encargo, siempre en fotograbados, para revistas, libros, lo que fuera, hasta que llegó la guerra.

En el mismo año 1936 me enrolé, pasando al frente de Madrid, con la 11na División, y todo el tiempo pegando tiros, no crea usted que comiendo churros, de eso nada, hasta que fui herido y me llevaron a curar a Barcelona. Todavía se nota un poco esta cicatriz en la cabeza... de pronto lo vi todo negro, pensé que me iba, pero tuve suerte, y al poco tiempo yo estaba de nuevo en Madrid, sí, pegando tiros.

Creo que los peores momentos de la guerra fueron cuando pasamos a Brunet para coger Madrid por atrás, eso fue muy difícil para la tropa, metidos entre el enemigo, lo que causó muchos muertos. Entonces fue la primera vez que se hizo un puente por debajo del río Ebro, con grandes maderos sumergidos, de modo que no se vieran a simple vista, pero que permitieran el paso de un lado al otro, como hicimos nosotros.

Por cierto que allí conocí a un cubano, jefe de la primera brigada y casado con la jefa de ametralladoras, se llamaba Alberto, y recuerdo que a los pocos minutos de haber hablado con él, lo mataron. Alguien muy bueno, quien todavía era un muchacho en esas fechas.

La guerra es así, los dos bandos matan; hoy comprendo que los voluntarios de Franco también peleaban bien, aunque en realidad lo que les dio la victoria fue la ayuda de los italianos y alemanes.

Además estaba lo de la no intervención, por lo que quedamos en desventaja, a pesar de que nosotros luchábamos por la independencia de España, y esas tropas extranjeras lo hacían como parte de una operación internacional.

Bueno, a esa pregunta tengo que contestarle sin rodeos: se me salieron las lágrimas, cuando supe que perdíamos la República sentí una pena muy grande, y ese sentimiento se acentuaba al pensar en la emigración que nos esperaba, algo que desde el primer momento supe que iba a ser muy malo, muy duro para todos nosotros.

Después de haber peleado tanto no me resignaba a la idea de dejar España. Tuve un odio muy fuerte, pero no sólo por lo que nos costaba a quienes teníamos que partir, sino por saber que el régimen de Franco iba a seguir costando muchas vidas a los que quedaban en la patria.

Salí por la frontera con Francia en el mismo año 1939; me metieron en un campo de concentración, rodeado de alambradas y durmiendo en la arena, apenas había agua, y cuando la probaba tenía un mal sabor. Entonces la obsesión era escaparse, pero cuando lo lograbas te cogían y te metían en otro campo; así me sucedió a mí, no teníamos gobierno ni nada que nos protegiera o se ocupara de nosotros.

En 1955 nos echaron de Francia, yo fui a parar a Polonia junto a mi esposa, Crucifija Landesa, y allí estuvimos hasta 1963, año en que nos visitó Dolores Ibáburri, y entonces ella nos habló de Cuba y de la necesidad de ayudar a este país. Un pueblo que tanto nos había ayudado a los españoles cuando la guerra; si lo sabré yo, que nunca he olvidado a aquel valiente cubano que te mencioné, Alberto, quien diera su vida por nuestra causa.

A Cuba llegué ese año de 1963, con mi esposa y nuestros dos hijos, y una vez establecidos en La Habana, yo pude empezar a trabajar en mi especialidad, como fotograbador. Me trataron muy bien, esa es la verdad desde el primer día hasta hoy, algo que siempre reconozco ante todos, y en especial debo decirlo en una entrevista como ésta para que quede por escrito.

Aquí trabajé en los periódicos ‘Hoy’, ‘Palante’, y ‘Granma’, hasta que me jubilé por edad. En Cuba he tenido toda la libertad para trabajar, vivir en paz, compartir con mi familia, y seguir reuniéndonos los antiguos combatientes de la guerra civil española.

Yo tengo muy alto concepto de Cuba, como país en general, y específicamente por su actitud hacia España, no sólo por los más de mil combatientes cubanos que fueron a la guerra civil, sino también por el cariño que siempre manifiesta el pueblo cubano hacia al español. Después de todas mis vicisitudes en España y otros países de Europa, lo mejor que me podía pasar en la vida era poder venir a establecerme en esta isla.

Cercano a cumplir los noventa años puedo confesarte que me siento feliz, como mismo sucede a mi esposa, quien también es española. Desde la desaparición de Franco, nosotros hemos podido ir varias veces de visita a España, así como a Francia, donde vive nuestra hija. Claro que ya no es el Madrid de las chulerías y el compañerismo, aunque es natural que así ocurra, pero uno extraña mucho aquel ambiente de las décadas del veinte y del treinta, sobre todo después de casi cuarenta años sin volver.

Por otro lado, quizás sucede que cuando logramos volver de visita, a casa, lo hacemos más como emigrantes que como españoles... Así nos llaman: emigrantes españoles, parece que primero somos emigrantes y, en segundo lugar, españoles. Yo lo he sentido en carne propia, por mucho que recuerdes tu origen y sepas conservarlo, para los demás eres un emigrante, antes que un español. De estas cosas suelo hablar con Antonio Fidalgo, presidente del Consejo de Residentes Españoles en Cuba, y amigo nuestro, quien hoy nos visita con su familia.

La tinta se puede secar y el papel se puede arrugar, no te digo estas cosas sólo para verlas escritas, sino para que las comprendas, pienso que es algo interesante para quienes indagan por todo lo relacionado con España y Cuba.

Pero como mis palabras puede llevárselas el aire, ahora quiero mostrarte algunos documentos de nuestra dura lucha en el frente, y nuestra larga vida en América; ya verás que es una historia digna de contar. Algo que nunca quisiéramos ver olvidado entre nuestros descendientes y coterráneos; ¿no crees?’





Bueno, Aurelio, luego de escuchar las palabras de Mariano y Antonio, qué podría agregar yo. Ahora sólo me resta actuar, para continuar avanzando en la preparación de la Asociación de Naturales de la Comunidad de Madrid en Cuba, según te hemos explicado.

Antes de terminar, algo curioso que me ha ocurrido mientras conversábamos, pues a medida que contestaba tus preguntas yo he ido observando cada vez con mayor atención el lugar donde nos encontramos, sede actual de la Fundación Fernando Ortiz y casa donde vivió dicho maestro sobre la identidad cultural cubana, hasta su muerte en 1969. Pues resulta que algo me parecía conocido, casi familiar, y acabo de recordar que, precisamente, uno de los primeros lugares donde mamá trabajó en La Habana fue en esta casa. Ha sido algo inesperado, pero pienso que una feliz coincidencia sea encontrarnos hoy en sus salones hablando de la presencia hispana en la Isla, en sentido general, y particularmente sobre la raíz madrileña.

Por último, quiero destacar que todo el trabajo que te he descrito sobre la unión de los madrileños en esta isla yo lo he realizado en memoria de mi madre; ella es alguien muy importante para mí, y su ejemplo de mujer y emigrante española en La Habana estará presente siempre en el camino por crear la Asociación de Naturales de la Comunidad de Madrid.

Aurelio, como en otros encuentros, hoy tampoco daremos por terminada nuestra entrevista, pues quedamos en contacto para seguir aportando más datos en la medida que resulten de interés para este Archivo de la Palabra. Luego nos llamamos, hasta pronto.”

El Vedado, septiembre 1999

CARLOS DE LA TORRE PRIETO

“Nací en Madrid, el día de San Juan, que es el más largo del año por causa del solsticio de verano —cuya noche es costumbre celebrar encendiendo fogatas por las montañas de Europa—, hace exactamente setenta años, en 1929, siendo hijo de Carlos de la Torre y Costa, madrileño, y de María Teresa Prieto Larrea, habanera.

De la familia paterna conozco que mi bisabuelo, Félix de la Torre, fue un financiero madrileño muy importante, quien tuvo el acierto de sufragar los estudios de Joaquín Sorolla en París, artista que siempre fue considerado en casa como de la familia. En cuanto a mi abuelo Silverio, era director del periódico ‘El Imparcial’ cuando se produce su muerte en Madrid en el año de 1898, quedando mi padre huérfano desde los tres años de edad, razón por la que se crió con una tía solterona en su casa de Valenzuela número 12.

Entre las primas de papá recuerdo a Cocó, casada con Alberto Mac Lean, un escocés representante de la General Motors en España, y Laura, casada con Guido Caprotti, pintor italiano que por su obra llegó a ser nombrado hijo predilecto de Avila.

Papá cursó sus estudios en la Universidad de Madrid, donde se graduó como arquitecto, siendo en su juventud el típico señorito madrileño, propietario de uno de los primeros Cadillacs de la ciudad,

vendido por su primo político Mac Lean, y solía recorrer el Paseo de Coches de El Retiro con su flamante automóvil, en cuyo capó había colocado un colmillo de cachalote, que luego yo conservé por mucho tiempo.

Como él dibujaba tan bien, sus obras estuvieron expuestas en el Colegio de Arquitectos de Madrid durante años, sin embargo, papá no trabajó como arquitecto más que para sus amigos, y de forma gratuita. Así era España, una nación llena de prejuicios, donde el trabajo podía ser considerado indigno de un señor; después, los tiempos cambiaron y tuvo necesidad de trabajar, dejando varias obras conocidas, sobre las que te hablaré más adelante.

Ahora me vienen a la memoria algunas de las escenas vividas junto a papá, siendo yo un muchacho, como por ejemplo, cuando estábamos de verano en un pueblecito de pescadores, Torremolinos, en 1944, y papá me invitó a ir en una lancha con motor fuera de borda hasta la playa de Marbella, donde quedamos ante un palacio que se erguía en la costa, rodeado de bosques de pinos. Era la mansión de su amigo de infancia Ricardo Soriano, marqués de Ivanrey, quien nos recibió muy bien, y le pidió a mi padre que proyectase y dirigiera la primera urbanización, El Rodeo, de la hoy mundialmente famosa ciudad turística de Marbella, cuya calle principal lleva el nombre, precisamente, de Ricardo Soriano, fabricante de las diminutas motos tan conocidas por su apellido en la época. En esa visita a su palacio pude apreciar cosas que deslumbraron mis ojos de muchacho, pero que ahora prefiero no contar, propias de las excentricidades de nuestro anfitrión.

Otra vez, siendo invierno, acompañé a papá a ver a don Mario Irujo, presidente del 'Tiro Pichón' de Madrid, un deporte muy selecto, quien le encargó la construcción de la Casa Club en Somontes. Al terminarse la obra, este señor me regaló mi primera escopeta, calibre 28, cuando yo tenía trece años. Durante algún tiempo papá y yo fuimos muchas veces de caza, siendo incluso monteros de las serranías de Toledo y Jaén, por donde llegué a cazar seis ciervos, entre otras piezas de caza mayor, pero poco a poco nos fuimos pasando a la pesca deportiva, de río o marítima, que llegó a ser nuestro fuerte.

Acerca de mi madre, debo decir que ella nació en la céntrica calle habanera de Reina, en 1905, siendo hija de un asturiano asentado en la Isla, Antero Prieto y de la criolla Teté Larrea, primogénita de Antonio y Lola Pina, mis bisabuelos. Estos eran grandes terratenientes en Santiago de las Vegas, una zona de La Habana donde crece la planta conocida por ‘hierba Larrea’, utilizada para eliminar las piedras de riñón; además, él era propietario de una fábrica de tabacos llamada ‘Siboney’, y ella era una mujer preciosa y una persona muy especial.

Siempre que yo venía de visita a Cuba me quedaba en casa de mi bisabuela Lola y conversábamos extensamente, estableciéndose una gran comunicación entre los dos, nos queríamos mucho, y ella decía que me comprendía, que sabía mi situación, solo en América, sin mis padres, y que eso era ‘mucho soledad para una sola persona’.

Mi abuelo asturiano, de Caravia la Alta, estudió comercio en Nueva York y vino para La Habana a trabajar en la Casa Antero, sita en Industria 470, esquina a Barcelona, con sus hermanos mayores, comenzando por barrer el piso y cargar tercios en sus espaldas, pero terminó de gerente en esa empresa exportadora de tabaco en rama que llegó a ser muy importante bajo el nombre de ‘Sobrinos de Antero González’, como quedó reflejado en esta importante obra editada en 1925 bajo el título de ‘El libro de Cuba’ donde se le dedica una página entre los principales negocios del país, según podrás leer.

Recuerdo a mi abuelo como si fuera hoy, una persona muy culta y educada, pero con una ligera tristeza en sus ojos, en cuya propia voz empecé a aprender sobre la historia de Cuba, un país que él siempre quiso mucho. Aquí, su activa labor comercial y social lo llevó a ser presidente del Casino Español, y más tarde le fue otorgada la ciudadanía honorífica cubana; a los pocos años de estar casado con abuela Teté, en 1914, él se fue hacia la península desilusionado con los acontecimientos en Cuba.

Según me contó, el propio día del hundimiento de ‘El Maine’ fue acompañando a su cuñado y socio, Antonio Quesada, presidente de la Cámara de Comercio de España, a protestar ante Mr. Lee, Cónsul General de Estados Unidos, asegurando la no intervención española en

el acto terrorista que provocó la injusta e innecesaria guerra, sin la cual Cuba hubiera logrado la independencia soñada por José Martí.

Volviendo a mamá, te diré que ella nunca fue a la escuela, pues toda su vida tuvo una señora de compañía, la francesa Madame Jeanne Brun, quien luego fue como una madre para ella, al fallecer mi abuela Teté en España, en el año 1917. Por eso en casa de mamá siempre se habló francés y como parte de su cuidada educación, ella tomó clases de pintura con Alvarez de Sotomayor, Director del Museo de El Prado.

De niño, recuerdo que siempre íbamos a veranear a la casa en la playa de mi abuelo, en Ribadesella, Asturias, donde nos pasábamos cuatro o cinco meses, y en otoño volvíamos a Madrid, a casa de papá, frente por frente al parque de El Retiro, en la esquina que forman las calles Alfonso XII y Valenzuela.

Era un piso en altos, que ocupaba las dos fachadas del edificio, con catorce balcones en total, y en los bajos se encuentra el restaurante “Horcher”, uno de los más conocidos de Madrid, con entrada por la calle de Alfonso XII. Así que todos los días yo jugaba en El Retiro, ese gran parque real, abierto al público como parte de la democratización de la monarquía española, que constituye un pulmón para la ciudad, en medio de la meseta castellana, muy seca, donde era un verdadero delirio para nosotros tener ese estanque al lado. Allí me iba yo cuando hacía novillos y en vez de seguir al cole me quedaba remando y comiendo barquillos por ese parque de maravillas.

Bueno, eso tiene su historia, pues entonces por la calle no se vendían helados de leche, sino los durofríos llamados ‘Polos’; siendo el barquillero uno de los personajes típicos que yo veía por Madrid. Se me ha quedado grabado de tal forma en mi mente, que un buen día me puse a pintar su figura, a espátula, una técnica que da cierta textura a la obra, y me salió este cuadro que conservo con especial sentimiento.

Luego hablaremos de lo que hago en la pintura, nada profesional, realmente, sino como un gusto, porque en el fondo yo pinto para mí, quizás es como una necesidad al llegar a esta edad, no sé, después te mostraré algunos de esos cuadros que han ido saliendo así, como te cuento.





Previendo el desencadenamiento de la guerra en España, mi padre decidió trasladarnos al pueblecito del Estoril, en Portugal. El era de ideas monárquicas, y en ocasiones me explicaba su concepción del estado español, basado en una federación en condiciones de igualdad entre sus miembros, como había predicado Pí y Margall, quien abogó por la independencia de Cuba —y por cierto, tiene un busto de bronce cerca de casa, en el parque de 21 y H, del Vedado—, concepción que luego se ha hecho realidad en la España actual.

Papá tuvo que ir a la guerra como conductor de camión, para trasladar explosivos hasta las primeras líneas del frente, pero se negó a disparar nunca un tiro, pues pensaba que todos los españoles eran como hermanos y aquella contienda era injusta y cruel. Luego, por su condición de arquitecto, lo destinaron a la reconstrucción de varios aeropuertos destruidos por las bombas, como fueron los de Burgos, Valladolid y Salamanca.

Producto de una enfermedad de los pulmones de mi hermana, Matuska, como le llamábamos desde pequeña, la familia cubana nos envió a Suiza, haciendo tránsito en París, donde pasamos días inolvidables. Ya en Glion, sobre Montreux, al borde del lago Lemán, fui al colegio británico de San Jorge, donde principalmente aprendí el idioma inglés, aunque en casa y en la calle hablaba francés, y también tuve mis primeras experiencias esquiando sobre nieve, en la montaña de Rochers de Ney.

Mi primer amor fue allí en Glion, se llamaba Michelle, y era una francesita ‘pied noir’, cuyos padres la habían enviado a sanarse desde Argelia. Entonces, en Suiza, nosotros jugábamos a la guerra, pobres niños, ignorando lo que en realidad son las guerras, mientras había una tan sangrienta en España y otra, mucho más grande, iba a estallar pronto en Europa.

Cuando leo ‘La montaña mágica’ de Thomas Mann me acuerdo siempre de aquella estancia nuestra en Suiza.

Terminada la guerra civil, y con el estallido de la conflagración mundial, regresamos a España, haciendo el viaje desde Nápoles hasta Barcelona en el vapor italiano ‘Vesubio’, que iba repleto de pasajeros

huyendo de Italia, por lo que en nuestro camarote veníamos seis personas, aunque era sólo de dos plazas.

Como la familia había crecido, y la escasez era muy grande en el centro de la ciudad, a mí me llevaron a vivir con mi abuelo a El Escorial; entonces mi madre iba a verme todos los domingos, y siempre se llevaba un huevo de gallina para mi hermanito, en esas condiciones estaba todo en España entonces.

Así fue que, en 1941, vinimos todos a Cuba invitados por la familia de aquí. La travesía la hicimos en un barco, como tantos y tantos españoles durante buena parte de este siglo, el 'Magallanes', donde conocí a un torero llamado Rafaelillo, quien iba a torear a México, así como a un francés, Monsieur Puiforcat, que se hizo amigo de mi padre, y venía con sus dos hijas, Ana y Catalina, con quienes jugamos mi hermana y yo. Años después me enteré que este señor llevaba consigo las joyas de uno de los más famosos joyeros de París, 'Cartier', salvándolas de los nazis que habían entrado en esa ciudad.

En La Habana, papá aprendió el arte de pescar 'al curricán', y entre su afición a todo lo marino y costero, un buen día se le ocurrió llevarse un cocodrilo vivo para la Casa de Fieras de Madrid, por lo que se fue a cazarlo en la ciénaga de Zapata, al sur de la provincia de Matanzas, con unos tíos míos. Mi bisabuela Lola lo retó a que si conseguía cazarlo ella era capaz de comérselo crudo.

Al volver victorioso, con el animal bien atado, en plan de broma, mi padre se lo llevó hasta la cama donde ella descansaba por las mañanas, y aún hoy me parece escuchar los gritos que pegó la pobre mujer.

En La Habana teníamos varias tías, siendo mis favoritas Raquel, viuda de Plá, y María, viuda de Juero, esta última presidenta de la Liga contra el cáncer en Cuba. También estaba mi tía Loló Larrea, casada con Ernesto Sarrá, el magnate de las droguerías e hipotecas en Cuba, quienes vivían en uno de las mejores mansiones de El Vedado, calle 2, entre 11 y 13, donde un día Loló nos ofreció una fiestecita de niños a los tres hermanos pues además de Matuska, ya había nacido mi hermano Javier, en el año 1938, en Suiza. Por cierto, de esa fiesta recuerdo una escena en particular, cuando, al verme tomar con tantas

ansias una botellita de leche, después de mucho tiempo sin probarla en España, todos los niños decidieron regalarme las suyas, y me las fui tomando botella tras botella.

Con el paso del tiempo, en aquella casa conocí a muchas personas que forman parte de la historia de Cuba, como Alejo Carpentier y Dulce María Loynaz, quien solía ir a jugar canasta con mi tía Loló por las tardes, acompañada de su esposo, el periodista.

También en ese medio conocí las excentricidades de la burguesía criolla, como aquellas fiestas que mi tía ofrecía en su residencia por Navidad, con tres orquestas y quinientos invitados, para los que se traía caviar en avión directamente desde Nueva York, y había regalos personales para cada uno, sumando un coste total aproximado, según les escuchaba comentar, de unos 150 000 dólares, año tras año, como si tal cosa.

Aquello era tan exagerado que me hacía sentir mal, y yo no disfrutaba nada, porque viendo esos derroches me ponía a pensar en la situación en que vive la mayoría de las personas en el mundo, tan distinta a esa opulencia

A mí me habían matriculado en Ruston Academy, para seguir perfeccionando el idioma inglés, pero resulta que a los seis meses de estar en La Habana nos fuimos todos de nuevo para España. Comparado con Cuba, entonces, aquel era un país subdesarrollado, como en realidad lo era con respecto a Europa, pero sin embargo con un pueblo muy ilusionado y soñador.

Bueno, allá nos ocurrió algo muy malo para toda la familia, pues mis padres se separaron, y como no había divorcio en España, país dominado por un exceso de religiosidad en todos los campos de la vida, supuso un gran escándalo que mi madre se fuera del hogar llevándose a sus hijos. En medio de todo eso, a mí me pusieron en un internado de la calle Velázquez, en Madrid, donde llevé muy mal los estudios, pues a pesar de mi buena memoria, el método educativo de entonces era muy deficiente, y yo no alcanzaba a aprenderme todas las cosas de forma tan mecánica, como esas largas listas de reyes godos: Pelayo, Fabila, Fruela, etcétera, etcétera.

Cuando las Naciones Unidas decretan un boicot mundial contra Franco, en 1945, la escasez se recrudeció en toda España, y yo viví cosas muy duras en Madrid, por cuyas calles comenzaron a circular los coches de gasógeno, al adicionarle una especie de horno en la parte posterior al automóvil para que su combustión acelerara el motor, en vez de la gasolina. Por falta de costumbre, una vez que iba con mi padre puse unas peras en la parte de atrás del coche y al llegar a casa estaban cocidas como una compota.

Pero aparte de esas carencias y dificultades materiales, en España se impuso una serie de ideas rígidas, cerradas, que afectaron muy negativamente al pueblo español, según mi criterio. Entonces a los muchachos nos hacían formarnos una idea de grandeza que no se correspondía con la España verdadera, dando por sentado que éramos portadores de ‘verdades eternas’, y quienes no fueran españoles y católicos eran ‘los malos’.

Finalmente, en 1947, revalidé mi título de Bachiller —en el primer intento— ante el tribunal de la Universidad Central de Madrid, pero ese propio año vi morir a mi padre, la única persona que me hubiera aconsejado en esa edad crucial, cuando aún yo no había cumplido los veinte años. Fue algo repentino, pues asesorando él como técnico de pesca deportiva en el yate Azor, cogió una fuerte insolación que le provocó el desarrollo de un cáncer fulminante, al que no sobrevivió.

Deseoso de cambiar de ambiente, y ver mundo, al año siguiente me fui a los Estados Unidos, a bordo del ‘Monte Moncayo’, de la naviera Aznar, con tan mala suerte que en medio del Atlántico nos sorprendió un ciclón tan fuerte que el capitán tuvo que parar las máquinas unos días. De Philadelphia seguí a Nueva York, en cuya estación de ‘Grand Central’ me esperaba una mujer a quien debía reconocer por una sola señal: su sombrero verde. Ella era una empleada de mi tía Loló, quien también tenía un apartamento en el corazón de esa gran ciudad norteamericana, todo el décimo piso del hotel ‘Sherry Netherland’.

En Estados Unidos pude ir recuperando mi desarrollo físico, algo mermado en años anteriores, gracias a las hamburguesas, los perros calientes y, como no, las Coca Colas. A los pocos días de estar con mis

tíos en Nueva York, salí para Boston, matriculando en la Universidad 'Babson College', donde faltó muy poco para que perdiera la vida, por una alergia a la penicilina que pareció mortal, pero al final la rebasé, a pesar de estar solo allí, sin ninguna familia cercana en que apoyarme.

Por suerte, al cabo de seis años salí portador de un flamante Máster en Administración de Empresas, con especialidad de Macroeconomía y Mercadeo. Pero también aprendí muchas cosas básicas para la vida durante ese período universitario, al chocar con los criterios de mis compañeros de clases: hindúes, mahometanos, protestantes, latinos, entre los cuales comprobé que muchos eran mejores que yo, y tenían una concepción del mundo más sólida de la que yo pretendía defender como portador de 'la verdad absoluta'.

Entonces surgió dentro de mí la duda, la inquietud, y comencé a preguntarme por una serie de cosas que en España me habían parecido incuestionables a partir de la educación que había recibido. También en esa Universidad tuve un programa de radio, con media hora diaria de transmisión dedicada a los estudiantes extranjeros, quienes me ayudaban a prepararlo aportando noticias, música y chismes de interés para la joven audiencia.

Una vez graduado no quise seguir en Estados Unidos, y en España las condiciones no eran nada propicias para conseguir trabajo, por lo que me se me ocurrió la idea de venir para La Habana, donde estaba aquella empresa de tabaco en hoja donde mi abuelo materno había sido gerente, la que te mostré en el Libro de Cuba al comienzo de nuestra conversación, llamada 'Sobrinos de Antero González'.

La misión que tenía era interesante: abrir el viejo mercado en el interior de la isla, que había sido cerrado por la empresa durante el Machadato, debido a las cuentas sin cobrar. Entonces comencé a prepararme visitando chinchal por chinchal, pueblo por pueblo, de oriente a occidente de la isla de Cuba, empezando por Baracoa, y llegando hasta cruzar varias veces el río Toa en mi jeep, para poder recopilar toda la información posible sobre los tipos de tabaco en hojas utilizados, el transporte, las formas de pago vigentes, necesidad de créditos, etcétera.

Así comencé a levantar poco a poco aquel negocio, pero tras mis primeros pequeños éxitos cambió la gerencia de la empresa y me desplazaron hacia otro puesto: ocuparme de preparar los embarques al extranjero desde el puerto de La Habana.

Yo era joven y enfrenté ese cambio con mucha fuerza, de modo que me pasaba el día sudando, en short y sin camisa, registrando y pesando los embarques del tabaco cubano, además de conseguir las contrataciones con las navieras y velar por la estiba de la carga hasta los barcos, pero por las noches, como contraste, hacía una vida bien distinta. En resumen, que conocí a fondo al hombre trabajador cubano, sobre todo a los campesinos tabaqueros en el campo, mientras en la ciudad, además de reunirme con mi familia, salía con mis amigos, algunos de los cuales fueron verdaderos personajes de esa época en La Habana.

Uno de ellos era Armando Cifuentes, madrileño también, el único conductor que corrió por Cuba la Fórmula 1 celebrada en el malecón habanero, en la misma carrera donde participó Fangio, el campeón del mundo, con la desgracia de que había muy mala protección en las curvas de esa carrera, y Cifuentes se salió en una vuelta con su cuña, saltando sobre el público como un bólido que causó más de diez muertos; aunque él salió con vida, jamás se repuso de aquel shock en el resto de su existencia.

Otra persona que conocí aquí, y llegamos a ser buenos amigos, fue el hijo del coronel alemán que le puso la bomba a Hitler, quien se desempeñaba como representante permanente en La Habana de la 'Hapag Lloyd', una firma dedicada al transporte de tabaco hacia Hamburgo.

Cuba, definitivamente, fue el país para mí, tanto por la belleza de su naturaleza como de sus personas, entre las que destacan sus mujeres, a quienes suelo aplicar aquella expresión de Colón cuando divisó tierra cubana: 'lo más hermoso que ojos humanos hayan visto'. Y lo afirmo con toda propiedad, pues debo decirte algo: aquí me enamoré de una bella criolla, hace más de treinta años, y luego de mis viajes por el mundo, y de tres matrimonios anteriores, hoy ella es mi esposa. Su nombre es Carlota Alvarez Rodríguez.





Es una historia larga de contar, pues sucedió que en aquellos años de mi juventud en La Habana, entre todas las muchachas que conocí hubo una que me llamaba la atención especialmente, y quizás por eso mismo, o no se por qué extraña razón, nunca llegamos a hacernos novios, más bien iniciamos una amistad, mezcla de mucha atracción y respeto, que ha resultado más fuerte que todos los avatares surgidos entre ambos durante tanto tiempo, pues como te decía, ha sido ya de mayores que hemos unido nuestras vidas para siempre.

Luego podrás conversar con ella, pero primero te contaré algunas cosas de esos años cincuenta, cuando nosotros no podíamos imaginar cómo iba a ser todo en el futuro. Me la presentó mi inolvidable amigo Luis Mariñas, diplomático español en La Habana, y prueba de que entonces Carlota y yo no pasamos más que de una gran unión sentimental es que no tenemos ni una fotografía juntos en esa etapa. Ahora, en nuestra habitación, ella ha unido estas dos fotos que nos enviamos por cartas durante nuestro largo epistolario, a partir de los años setenta.

En 1955 yo viajé a España, en un avión llamado ‘La Pinta’, para asistir a la boda de mi hermana, con tan mala suerte que sufrimos un aterrizaje de emergencia, sin ruedas, en Bermudas, pero los pilotos españoles de Iberia eran una maravilla desde entonces y nos salvaron la vida a todos los pasajeros, al lograr aterrizar de panza.

Durante mi estancia en Madrid, la familia empezó a buscarme novia, sin saber mis intenciones en Cuba, y aunque regresé pronto a la isla, al próximo año me hicieron ir de nuevo a España a casarme con una chica con la que había tenido yo un ‘flirt’ de verano en Portugal: Sarah Alvarez Miranda, nieta del político republicano Melquiades Alvarez.

Acepté ese matrimonio pensando que nunca iba a poder casarme con Carlota; ella era muy recatada y se hacía respetar como nadie, por lo que yo seguía enamorado pero sin notar reciprocidad de su parte. Mi primera boda fue en Covadonga y fruto de ese matrimonio tengo dos hijas: Daphne y Pilar, nacidas en La Habana, quienes viven en Madrid, luego de un tiempo en Cuba, desde que volvimos a España

para reunirnos con la familia de ambos y abrir una tienda de modas de maternidad, algo inexistente allá hasta entonces.

Cuando nos separamos, en 1966, le cedí a ella el negocio, y años después me pidió la anulación del matrimonio para poder casarse con un diplomático español destinado en Londres. Dphne es Licenciada en historia y Pilar ha sido modelo profesional de las mejores casas de modas de Inglaterra.

Entre las relaciones que hice por esos años en Madrid, recuerdo con especial agrado al profesor Don Enrique Tierno Galbán, para quien traduje varias obras de Mahatma Gandhi, así como al escritor y decano del Colegio de Ciencias Económicas de la Universidad Central, Don Valentín Andrés, dos personalidades de la izquierda española.

Bueno, sobre los empleos que tuve después de dejar aquella tienda, te diré que fueron muy variados, como por ejemplo: encargado de publicidad de los relojes ‘Omega’, especialista de mercadeo en una sección de ‘Movierecord’, y hasta contable del ‘Hotel Palace’, donde hacía el turno de por la noche. Pudiera contarte algunas anécdotas de cada uno de ellos, pero lo cierto es que serían mis compañeros de trabajo quienes mejor te dirían, pues seguro recuerdan todos los cuentos que yo les hacía de la gente famosa que conocía en Cuba, y muchas de las maravillas de este país, sobre el que llegué a publicar un artículo en el periódico ‘Ya’ de Madrid, con el título: ‘La Habana, ciudad musical’.

Te diré que uno de esos empleos donde más aprendí fue cuando ayudé a dirigir la primera investigación de mercado que se hizo en toda España, para el coñac ‘Osborne’, realizando las encuestas a clientes del norte del país y procesando los datos obtenidos; de ahí salió la silueta negra del toro que ahora se pasea por los campos cercanos a las carreteras de la península.

Como esos sueldos no me daban apenas para cubrir mis gastos, en lugar de seguir probando en otros empleos similares me decidí a hacer algo por lo que sentía gran vocación desde muchacho: la arqueología, y desde 1966 estuve recorriendo Castilla la Nueva en búsqueda de vestigios arqueológicos y paleontológicos, participando en la fundación

de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología. Esta institución se dedica a defender la auténtica riqueza de las manos de coleccionistas de obras y depredadores del medio, siendo su presidenta de honor la Reina Doña Sofía, en su calidad de arqueóloga graduada en la Universidad de Atenas.

Seis años estuve recorriendo España en mi Renault ‘cuatro latas’, con mi equipo de tienda de campaña, cocina, farol, y todo cuanto era necesario para andar silvestre, fuera de la civilización moderna, pero a cambio tuve la gran satisfacción de hallar unas pinturas rupestres muy valiosas, de la época de hierro II, en las orillas del río Duratón, cerca del pueblo de Sepúlveda, en la provincia de Segovia, que constan de unos veinte metros de largo por uno y medio de alto. También, en otra ocasión, localicé unos castros celtas en Avila.

En muchas de esas expediciones me acompañaban algunos amigos, como fueron Agustín Méndez, restaurador de pintura de la Casa Real, y Gerardo Fossati, editor en Madrid de EDAF.

Durante esos trabajos me integré al equipo de espeleólogos liderado por Pompeyo, de la compañía ‘Telefónica’, recorriendo y levantando mapas de las cuevas de los alrededores de Madrid. También colaboré con el periódico ‘El Norte de Castilla’, en Valladolid, con varios reportajes de pueblos de esa región española.

Con el apoyo de un equipo de ‘Telefónica’ rodamos una expedición al Parque Natural de Ordesa, el Monte Perdido, así como a la cueva de Casteret, la más elevada cueva glaciar de Europa, ubicada en la provincia de Huesca, en los Pirineos occidentales.

Posteriormente, con el Dr. Meseguer, arqueólogo, ayudé a extraer un ‘elephas antiquus’, en la provincia de Toledo, ejemplar que se exhibe hoy en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Luego, con el propio Meseguer, para quien traduje dos libros del Museo de Londres sobre temas especializados en restauración, y el matrimonio de Vicente Vinyas y su señora, colaboré en los comienzos del Instituto Español de Restauración. Actualmente, Vinyas es Jefe restaurador de documentos de la Biblioteca Nacional de España.

Como todas estas actividades tampoco me produjeron ingresos económicos suficientes para seguir viviendo en España, decidí volver a emprender el camino hacia el Nuevo Mundo.

Esta vez fui contratado por una empresa exportadora de tabaco en rama de República Dominicana, radicada en Santiago de los Caballeros, donde me casé por segunda vez, con Carmen Rosa Fernández, de familia peruana, y de nuestra unión tenemos dos hijos varones: Carlos Juan y José Ernesto. Fuimos dos veces de visita a Lima, pero un tiempo después nosotros nos divorciamos, quedando los muchachos con su madre en esa ciudad, donde les dejé asegurado lo suficiente para vivir y actualmente se encuentran estudiando en la universidad.

En República Dominicana fui miembro de la Directiva del Centro Español y tuve un programa en la emisora Radio Nacional dedicado a los socios de dicho centro, que sumaban unos siete mil entonces; luego impartí clases nocturnas en la Universidad Tecnológica de Santiago Juan.

En ese país me casé de nuevo, con la dominicana Reina María Cartagena, y nos fuimos a vivir a Puerto Plata, donde trabajé como capitán de yate, en pesquerías diarias con turistas, con lo que tuve ocasión de vivir experiencias muy excitantes: perseguí sin tregua una gran orca, sentí junto al yate el salto de una raya gigante, vi ocho ballenas a la vez saltando fuera del agua, algo maravilloso, que de seguro mi padre hubiera querido disfrutar en el mar, un medio que nos unió tanto durante su vida.

Pero de pronto terminó mi idilio y volví a quedarme solo, como me ha ocurrido varias veces en la vida, tanto en España como en América, y creo que, en el fondo de todo, ése ha sido mi gran problema en la vida: la soledad.

Entonces me quedaba un único remedio, volver a La Habana a buscar aquella criolla por la que todavía sentía igual que cuando dejé de verla por las circunstancias del destino, hacía más de tres décadas. Su único matrimonio también fracasó y una vez divorciada, a partir de los años setenta, Carlota y yo hablamos por teléfono en algunas ocasiones y nos escribimos muchas veces.

No nos veíamos hacía unos treinta años el día que toqué a la puerta de su casa, aquí en el reparto de El Vedado, luego de dos días localizando su dirección, que primero pensé encontrar de memoria, pero luego ocurrió algo divino. Al no hallar su casa personalmente, me dirigí a las oficinas del Carné de Identidad y Registro de Población, donde me explicaron que por ley estaba prohibido brindar los datos personales de nadie al público.

Yo insistí tanto, que en medio de mis súplicas pronuncié el nombre de Carlota, con sus dos apellidos, y la persona que me atendía se me quedó mirando y me dijo que una señora de igual nombre vivía en el mismo edificio que ella, pero que no podía ser tanta coincidencia. En seguida me fui hasta allí y comprobé una vez más que Dios existe, pues de nuevo estaba yo a unos pasos de la mujer que parecía esperarme desde que éramos dos muchachos.

Aquel fue un encuentro muy emocionante, ella me miró extrañada, muy sorprendida, y segura de la respuesta me preguntó: ¿tú eres Carlos de la Torre?, añadiendo: ‘que viejos estamos ahora’.

Fue en 1988, pero entonces yo no pensé en eso, sé cuantos años tengo, pero también que a mi edad estoy enamorado, y esa es una verdad mayor que todas las que pueda experimentar un ser humano. Si no, la prueba está en la felicidad que compartimos a estas alturas, después de más de una década juntos. Pienso que ha sido un período de prueba suficiente y ya nada podrá separarnos, sino pregúntale a ella, que también puede contarte mucho sobre nosotros.

Al comienzo de esta nueva etapa en Cuba, yo me dediqué a dar clases de idiomas, durante varios años, pero hace un tiempo Carlota y yo decidimos dejar esa actividad que, al ser particular, implicaba un gran entra y sale de personas a la casa.

Hoy por hoy, estoy en una de esas etapas de la vida en que puedo dedicarme casi por completo a algo que siempre he querido hacer: pintar.

Yo me crié entre artistas, y siempre he tenido gran afición por las artes plásticas, incluso actualmente mi hermana es profesora de pintura en Madrid, pero en mi caso no es que pinte profesionalmente, sino que

lo hago como una distracción muy grata. Dicen que llegado a los setenta, que ya es mi edad, hay que tener alguna ocupación para la mente y el cuerpo, pues para mí nada mejor que dedicarme a la pintura, para entretener mis largas horas de ocio.

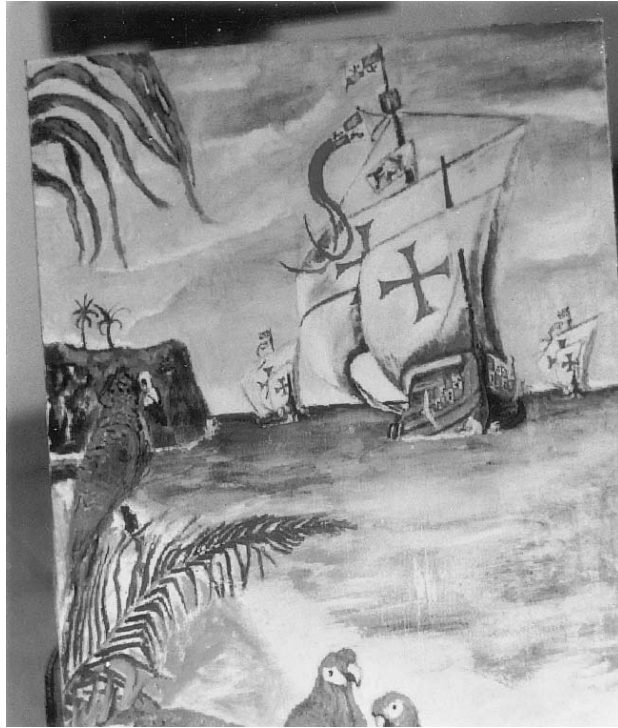
En verdad yo no tengo un interés económico con mis cuadros, primeramente porque recibo la pensión que el Estado español dirige a sus emigrantes en todo el mundo, algo digno de admiración y de agradecimiento por lo que representa para todos los que hemos llegado a la tercera edad lejos de nuestro país, de nuestras familias de origen, y por otra parte porque del arte no se puede vivir, en La Habana como en Madrid lo que sobran son pintores.

Menciono esto porque no hay nada más fácil que coger un pincel y ponerse a pintar, si he oído decir que hasta los chimpancés lo hacen, sin embargo creo que para ser una firma en el arte, y particularmente en la pintura, resulta esencial comunicar algo que sea comprensible y agradable para los demás. Quizás por eso no me gusta Picasso, ni muchos otros pintores modernos; para mi gusto, creo que muy pocos han llegado al arte de un Greco, un Goya o un Sorolla.

A esos sí se les entiende, como sucede con la buena música y las verdaderas creaciones del espíritu del hombre; lo demás es copia, del entorno o de la mente de quien la haga, pero convertir un impulso vital en verdadero arte es solo posible a maestros como los que mencionaba anteriormente.

Ahora voy a enseñarte algunas de las obras de pintura que guardo aquí en casa. Como te decía, nunca las vendo, pero sí las regalo, por ejemplo, unas que obsequié a nuestro médico de la familia, así como al veterinario que nos atiende los perros. En el momento más inesperado estos cuadros me sacan de muchos compromisos, cuando conseguir algo que regalar no es tan fácil.

Los materiales me los hace llegar desde España mi sobrina Cristina, quien es azafata de Iberia y conoce muchas personas que viajan a La Habana. Incluso, el último envío me lo ha traído hasta aquí personalmente mi sobrino Carlos Manuel, hace sólo un mes, mi ahijado, a quien bauticé en uno de mis viajes a España.









Entre estos últimos cuadros que te muestro para que hagas las fotos que quieras se encuentra éste que he titulado: ‘Carlota y Carlos’, como imaginarás, algo que no necesita comentario.

Siento gran satisfacción haciendo pinturas como esas, con cierta sensibilidad, y creo que en algunos cuadros he logrado plasmar mis impresiones de personas y cosas que me rodean y me hacen feliz.

Yo tengo mis propias ideas sobre el arte, así como del hombre y el mundo en su conjunto. Pienso que el futuro de la humanidad es la comprensión y, a pesar de las dificultades, creo que el resultado final será una sola raza, unida cada vez más en economía, religión, etcétera, la solidaridad entre todos es el camino: olvidar los odios y buscar el amor.

España es un ejemplo de eso que digo en general, pues luego de su miseria aridísima, que la convirtió en un pueblo de emigrantes durante siglos, ahora ha logrado cosas muy buenas y sólidas como nación. Claro, tampoco pienso que la solución sea la falsa imagen que tienen muchos de revertir dicha corriente migratoria e irnos de nuevo allá, en cambio, lo que debería lograrse es expandir su ejemplo, en cuanto resulte positivo, hacia todo el ‘continente ibérico’.

La unión de esta América ibérica es esencial. Pero esas son cosas mayores, aún existen inmensos problemas que superar para el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, esfuerzo al que se suman estas Cumbres Iberoamericanas, como la que se celebrará muy pronto en La Habana, y que yo seguiré al pie de la letra, Dios quiera que resulte exitosa.

Leo mucho, sobre éstos y otros temas de interés, con cierta predilección por la historia y sus personajes, sumando una buena cantidad los libros que he ido adquiriendo a lo largo de mi vida, sobre todo en Cuba, donde siempre he contado con librerías de ley, quienes me ayudaban a conseguir ejemplares muy buenos, algunos de las cuales aún conservo, comenzando por las obras completas de José Martí y llegando a estas fabulosas colecciones de revistas de la primera mitad de siglo que son verdaderas joyas editoriales, tanto por su forma como por sus contenidos.

Bueno, Aurelio, ahora pudiéramos seguir conversando mucho más, pero no quiero cansarlo; seguramente volveremos a hablar en estos días. Sólo quisiera añadir que mi hermana, viuda de don Manuel Solís Sagastibelza, muy conocido en Madrid por su relación con la empresa ‘Domecq’, tiene otros dos hijos además de los sobrinos que ya te mencioné, quienes son: Lorena e Ignacio, el pasado año de 1998 ella vino a Cuba y tuvimos unos encuentros muy gratos.

También podría agregar una última nota familiar, por su interés con relación a Madrid, pues resulta que, durante largo tiempo, mi tía Laura y su esposo, el pintor italiano Guido Caprotti, vivieron en el número 1 de la calle Doctor Letamendi, exactamente la misma casa donde vivió Juan de Vargas, para quien trabajó San Isidro en tiempos remotos.

Entonces, cada 15 de mayo, cuando todo Madrid celebra la romería de San Isidro Labrador, en casa de mis tíos yo asistía a unas fiestas muy curiosas, donde compartía con mis primos gemelos, llamados Oscar y Edgar —mis compañeros de infancia, aunque algo mayores que yo—, así como disfrutaba todo el ambiente festivo que se formaba en esa casa antiquísima, por cuyo pozo pasaba una cola infinita de personas que llenaban sus botellas con agua milagrosa. A la muerte de mis tíos, mis primos se mudaron de allí, llevando con ellos la colección de once marinas de Sorolla que tanto me deleitaba viendo a mis anchas en esa casa.

Bueno, te he narrado sólo una parte de mi historia, muy pequeña con relación a todo lo que me ha pasado en la vida, pero podrás darte cuenta que ha estado plena de cosas y gentes interesantes. Quizás te sorprenda que ahora esté sentado aquí, sin más pretensiones, pero eso tiene su secreto, aunque su nombre es fácil de adivinar.

Sobre Carlota y yo podría escribir una novela completa, con muchos momentos emocionantes, tanto en la distancia como juntos, pero creo que quizás sea mejor que hables con ella, quien es hija del capitán mercante cubano Román Alvarez Ituralde, hundido con su carga en el vapor ‘Mambí’ por un submarino alemán en aguas cubanas. Pero antes de agregarte otras cosas sobre su familia, primero

queremos mostrarte algo muy valioso para nosotros a lo largo de todos estos años. Se trata de las poesías que yo le hice de joven, y otras que luego le envié por cartas, así como los textos de varias canciones que ella ha compuesto a lo largo de nuestra hermosa relación.

Carlota siempre ha sido muy romántica, y algunas tardes, cuando paseamos por el malecón tomados de la mano, recordamos estas cosas sobre las que he contestado hoy tus preguntas, por eso quisiera terminar nuestra entrevista con una letra de las canciones escritas por ella, que comienza así:

‘Mi querido amor,
grabo unas letras
de recordación...
Miro el firmamento,
y pregunto a las estrellas
si al pasar por tu cielo te vieron.

Dónde estás amor, qué haces?...

Estrellas que no lloran,
estrellas que no hablan,
entréguenle al pasar,
por su cielo de España,
mi inmenso amor,
y mis recuerdos.”

El Vedado, septiembre 1999

ROSITA FORNÉS

“Yo nací en Nueva York, durante un viaje que mis padres hicieron a los Estados Unidos, pero poco tiempo después vinimos para La Habana, y no fue hasta que cumplí diez años de edad que viajé por primera vez a España, con papá Fornés y mi madre, Guadalupe, a mediados de 1933.

Aunque desde niña yo sentía cierta inclinación hacia el arte, estimulada por la fabulosa discoteca que nos dejó mi abuelo materno, Isidro Bonavía, con música de zarzuelas, óperas y ballets clásicos —que no sólo crecí escuchando, sino que mi abuela tenía la costumbre de narrarme sus argumentos—, fue entonces, al irnos a vivir en Madrid a partir de aquel año, que madura en mí el deseo, fuertemente, de llegar a ser una artista.

Nuestra casa madrileña estaba en la calle de las Virtudes, por el barrio Chamberí, donde nació mi hermano José Enrique en mayo de 1935, y a medida que yo fui creciendo en esa ciudad, con once y doce años de edad, empezaron a llevarme a ver teatro y a escuchar música, con obras originales que conocí directamente a través de intérpretes españoles. Entonces, igual que antes en Cuba, cuando de pequeña yo me ponía a cantar y a tocar mi piano de juguete creyendo ser la heroína de aquellas obras que escuchaba en la vitrola del abuelo, en

Madrid soñaba con crecer y llegar a ser una cantante de zarzuela, de música popular, siguiendo a los ídolos que pude ver con mis propios ojos, como Imperio Argentina, Estrellita Castro y Conchita Piquer.

Recuerdo que también había un cantaor, Angelillo, quien hizo una innovación dentro del cante flamenco, porque él tenía una voz muy bonita, muy fresca, y lograba hacer el gorjeo más ligero, no tan jondo como se canta tradicionalmente. Te cuento todo esto, Aurelio, pues fue en ese ambiente que yo empecé a conocer las canciones de moda que se escuchaban en Madrid y a aprenderme muchas obras del repertorio típico español, lo cual, sin dudas, tuvo una influencia decisiva en mi carrera artística.

De pronto, al desatarse la guerra civil en España, a mediados de 1936, todo cambió de un día para otro, y nosotros cuatro tuvimos que emprender de nuevo el viaje a Cuba. Fue un cambio de la noche a la mañana, sobre el que luego te contaré algunas anécdotas, así como podrás hablar con mi madre, el tronco madrileño de nuestra familia, a quien también trajeron de pequeña a esta Isla, a principios de siglo. Ella siempre ha sido muy elegante, como puedes apreciar en esta fotografía que le hicieron de niña; su nombre completo es Guadalupe Bonavía Fornoza, y nació en uno de los barrios más típicos de Madrid, Lavapiés, hace noventa y seis años.

Una vez asentados nosotros en La Habana, donde nació mi hermano Leopoldo en 1938, yo seguí cultivando esa música de raíz hispana que descubrí en Madrid, y cuando cumpla quince años me presento al programa de 'La corte suprema del arte', interpretando precisamente una canción española, La milonga, de Juan Simón, con la que gano el premio de ese afamado certamen cubano, considerado mi debut en el arte. Recuerdo que yo le consulté a papá qué pieza cantar ese día, y él me dijo: 'Rosita, mejor haces un número que salga de lo común en ese programa, donde poca gente lleva el género español, y menos de corte folklórico, tan auténtico, como el cante andaluz, que es tan arraigado de España y tiene mucha aceptación en Cuba'. Bueno, también él me sugirió inscribirme como Rosita Fornés, ya que mis apellidos reales son Palet Bonavía.





Esa es la historia de mi primera presentación en público, y siempre recuerdo ‘La milonga’ con toda la emoción que sentí al comenzar a cantar aquel día:

“Cuando acabó mi condena, ay!
me vi muy solo y perdí...”

Un momento único, y cuando me pregunto cómo fue posible, si entonces yo era una chiquilla, sin nociones de nada, pienso que además de la canción y la intérprete en sí mismas, influyó mucho esa osadía que te da la juventud, y te impulsa a hacer cosas que nunca has hecho; lo demás es el carisma, caer bien, tener ángel, como suele decirse, algo que para un artista resulta fundamental.

A partir de ese éxito inicial, comienzo a tomar clases de canto y mis primeros maestros me dijeron que yo tenía una voz lírica natural, que podía cantar el género de zarzuela, opereta, e incluso ópera, por el alcance de mi registro vocal. Ante esas posibilidades yo me decidí por las dos primeras, a pesar de que admiro la ópera, y he cantado algunas arias de soprano, pero también me gusta mucho actuar, ser actriz.

En esos años complementé mis estudios de canto con los del arte dramático, lo que me permitió desarrollar a fondo el género de la zarzuela, donde podía hacer las dos cosas a la vez: cantar y actuar. Empiezo a trabajar en diferentes programas de la estación CMQ, en su edificio de Monte y Prado, igual que otras ‘estrellitas nacientes’, como llamaban entonces a quienes iban triunfando cada año en ‘La corte suprema del arte’, desde donde mismo nos llevaban a hacer actuaciones para rellenar la programación de la radio, con lo que comencé ganando un sueldo, sería mejor decir sueldecito, de cinco pesos semanales, sumando veinte al mes; además participé en muchas de las representaciones que hacíamos en teatros de diferentes provincias.

Pero yo lo que quería era aprender, formarme en el medio, a la misma vez que me daba a conocer, y así fue precisamente cuando me conoció el maestro Antonio Palacios, un actor español muy bueno, especializado en el género de la zarzuela, como intérprete cómico, quien vivía en Cuba por causa de la guerra civil española, y me vio

debutar y actuar de la forma que te contaba, casi como aficionada, y entonces es cuando él me contrata para su compañía, donde hago mi primera actuación profesional, en el año 1941, interpretando ‘El asombro de Damasco’, obra de la que conservo muy gratos recuerdos y algunas fotografías, como éstas que ahora puedo mostrarte.

Inmediatamente, el maestro Ernesto Lecuona quiere hacer una temporada de zarzuelas y contrata toda la compañía de Palacios, incluyéndolo a él también, así como a Miguel de Grandi, quien se dedicó toda su vida a hacer ese género de zarzuela y opereta, con obras no sólo españolas sino también cubanas, y fue un gran maestro para mí en esa época, cuando tuve oportunidad de estrenar muchas zarzuelas tan conocidas como son ‘El manojito de rosas’, de Zorzabal. En aquella temporada participaron importantes cantantes invitados, incluso Eugenia Zúñiga, la gran intérprete del teatro español, quien empezó por la zarzuela y terminó siendo una magnífica actriz, y en medio de todo el programa yo era la jovencita, la figura que empezaba, y unas veces hacía papeles protagónicos, y otras, la segunda, o sea la tiple cómica, como le llaman en la zarzuela, que siempre es una muchacha que canta, baila y pone mucha gracia en la obra, y en ‘El manojito de rosas’ ese personaje, Clarita, desborda gran simpatía.

Entre las más de cien zarzuelas y operetas que he hecho desde entonces, puedo poner como ejemplo las siguientes zarzuelas que yo estrené en Cuba: ‘La viejecita’, que es una obra de género chico, donde interpreté la dama joven; ‘Luisa Fernanda’, haciendo la Duquesa Carolina; ‘Los gavilanes’; ‘La revoltosa’, que es una obra muy bonita; ‘Agua, azucarillo y aguardiente’; ‘La corte del faraón’, que viene siendo una caricatura de la ópera ‘Aida’; y quizás la más famosa de todas: ‘La verbena de la paloma’, todo un símbolo dentro de la zarzuela. Este es un género que yo quiero mucho, y a pesar de que a veces tiene argumentos dramáticos, se basa más en el melodrama, con temas costumbristas, cómicos, pues desde sus inicios la zarzuela refleja mucho la vida en las calles de Madrid, con sus chulos famosos, muy machos, y las mujeres vueltas locas por ellos, en todo ese ambiente que recrean con gran ingenio.









Por otra parte, la ópera es dramática por excelencia, según puede apreciarse en ‘Don Gil de Alcalá’, donde yo hice el papel principal, mientras la opereta tiene más del boudevil cultivado por los franceses, luego retomado por vieneses y húngaros como argumento de sus operetas, y creo que, a lo largo de estos años, he podido hacer todos los títulos conocidos en Cuba, como son: ‘La viuda alegre’, ‘El conde de Luxemburgo’, y ‘La casta Susana’, por citar solo tres operetas vienesas cuya traducción y adaptación al castellano la tomamos a partir de las versiones históricamente realizadas en España.

Las zarzuelas pueden ser de género chico o género grande, según el tiempo que dure su interpretación, siendo las primeras de una hora, aproximadamente, y las segundas de dos horas. Eso se mantiene en las zarzuelas cubanas, y al igual que existen zarzuelas grandes, como ‘Cecilia Valdés’, y ‘El Cafetal’, también están las pequeñas, que les decían sainetes, muchas con libretos cortos hechos por Sánchez Galarraga, que por su extensión permitía poner dos obras en el programa de una misma noche.

Bueno, decir la zarzuela que prefiero entre todas no me resulta nada fácil, entre tantas y tantas, pero, en verdad, algunas son como parte de mi vida, por la huella que han dejado en mí, y siento especial cariño por obras muy hermosas debido a su música y a su argumento, como son ‘La revoltosa’, ‘La Luisa Fernanda’, y ‘La verbena de la paloma’; también hay otras que puedo mencionar, aunque esta nueva generación no me las ha visto hacer, como ‘El asombro de Damasco, aquella con la que debuté en 1941, en el Teatro La Comedia.

Es una pena que ya no exista ese edificio, desde que los dueños de esos terrenos decidieron echarlo abajo, a pesar de sus excelentes condiciones acústicas, donde se podía cantar perfectamente sin micrófonos, como hicimos nosotros esas temporadas con el maestro Lecuona primero, y después con Palacios y de Grandi, en aquella ‘bombonera’, como le llamaban, por ser un verdadero teatro, no una sala de concierto, dos cosas parecidas pero que son diferentes.

Posteriormente nuestra compañía hizo otras temporadas en el Teatro Martí, cuando era un edificio muy bello, pues ahora está en

ruinas, aunque parece que puede reconstruirse todavía, y también actuamos en el Teatro García Lorca, en el edificio del Centro Gallego de La Habana, que por suerte todavía se conserva como una de las mejores salas del país. Además, debo precisar que en ese primer período de mi vida artística, desde los quince hasta los veinte años, no sólo cultivé el género musical, sino también el teatro, en que debuté como actriz haciendo la Doña Inés en ‘Don Juan Tenorio’, ‘La historia de un joven pobre’ y ‘La dama de las Camelias’, con Otto Sirgo, así como con temporadas de comedia y de alta comedia, en las que trabajé contratada por Mario Martínez Casado, uno de los primerísimos actores cubanos, con quien aprendí mucho de esta profesión, haciendo incluso algunos dramas que tuvieron gran éxito.

Hay que ver todo lo que yo hice en Cuba antes de irme a México, entre los quince y los veinte años, edad con la que partí a ese país.

Allí tuve una prolongada estancia, por casi ocho años, la cual significó una consolidación de mi carrera, tras los primeros años de trabajo en La Habana, como ilustra el hecho de que en México es que debuto en una compañía de grandes revistas, contratada por un empresario argentino llamado Roberto Rati, quien reunió mexicanos, argentinos y cubanos en unas revistas preciosas, con unos cuadros muy lindos, haciendo producciones de gran coste, con mucho dinero de respaldo. Y aquí debo hacer una anécdota, pues el día que él me vino a contratar como **vedette**, yo le pregunté que quería decir aquel término y él me explicó que se aplicaba a la artista capaz de hacer un poco de todo, añadiendo: ‘usted ya ha hecho de sobra, por separado, lo que una vedette debe hacer de forma integral, en una sola revista: cantar, bailar y actuar. Cantar distintos géneros y con buena voz, bailar con agilidad y gracia, actuar según el libreto, haciendo diversos personajes’.

Y era así, porque yo llevaba un tiempo cantando todos los géneros, además de las típicas zarzuelas de las que te hablaba al principio, incorporando a mi repertorio canciones cubanas, boleros, y temas en distintos idiomas, que fui difundiendo por medio de los programas que yo hacía en diferentes emisoras de radio; aparte de mi experiencia en el teatro, y en la opereta, donde además de cantar hay que bailar.





Bueno, aparte de esas cualidades artísticas, para ser vedette tuve que aprender algo que nunca había hecho antes: enseñar las piernas... Puesto que dicha figura estelar, entre el canto, el baile y la actuación, tiene un desempeño más atrevido que cuando se canta, baila o actúa por separado, en diferentes momentos. El origen de esa palabra en cuestión, es del idioma francés y significa máxima atracción, en sentido general, y tiene una acepción muy respetada en el mundo del espectáculo.

El resultado que tuve en ese rol fue tan alentador, que desde entonces me mantuve como vedette, algo que se acuñó como parte de mi personalidad artística, aunque seguí cultivando el género de la zarzuela y la ópera, pero en ese tipo de revistas yo era la primera figura, donde también hay una segunda vedette, además de un cómico principal, un segundo cómico, el cantante masculino, actores, cuerpo de baile, que conforman un gran grupo artístico.

A fines de 1952, cuando regreso de México hacia La Habana, recién comenzaba la televisión en Cuba, y yo debuto en ese medio a través de un programa estelar, llamado 'El Gran Teatro Esso', donde cada semana se ponía una zarzuela u opereta, y la primera pieza que yo interpreté allí fue 'La casta Susana', teniendo luego oportunidad de hacer muchas otras obras de esos géneros, tanto en ese como en otros programas televisivos.

A partir de esas interpretaciones, y de mi trabajo artístico en general, aquel mismo año 1953 fui elegida Miss Televisión, ocasión en que el excelente actor cubano Armando Bianchi resultó elegido Mister Televisión, algo que sin dudas influyó en nuestra futura unión tanto en el arte como en la vida, pues al poco tiempo nos casamos y fundamos una familia muy hermosa, contando con dos hijas que se llaman Rosa María y Tania.

Ese paso a la televisión abrió un camino muy fructífero para mi profesión, al permitirme trabajar en muchísimos programas de alcance nacional, por ambos canales, incluso algunos musicales con frecuencia semanal que hacía yo sola, y a veces con artistas invitados, como los populares 'Desfile de la alegría', y 'Cita con Rosita', donde yo he

interpretando innumerables canciones, y en el caso de la zarzuela cuando no podía hacer la obra completa, debido a su estructura, al menos interpretaba un pasaje ante las cámaras, cuando no existía el video tape, como hoy en día. La televisión nunca implicó que yo dejara mi labor en el teatro, y durante años tuve que hacer, en un mismo día, actuaciones de TV y de teatro, además de la labor que emprendí en el Grupo Lírico desde su fundación.

Esa fue otra actividad muy creativa, iniciada con formato de agrupación lírica en el cine-teatro Payret, donde debutamos con ‘La Verbena’ y ‘La Revoltosa’ en el programa de un solo día, y luego se montaron otras obras más largas, como ‘Doña Francisquita’, y nuestra gran ‘Cecilia Valdés’. Después el Grupo Lírico pasó a la sede del Teatro García Lorca, donde debutamos con ‘La viuda alegre’, una obra que me ha dado siempre mucho valor y muchos triunfos, interpretando el personaje de Ana de Glavari, por el que me identifica el amplio público, como si fuera un papel hecho especialmente para mí, algo que sucede pocas veces durante toda una carrera.

A España regresé en 1957, para trabajar contratada por Joaquín Gasa, empresario muy conocido que era dueño del Teatro Cómico de Barcelona, donde debuté con ‘Linda Misterio’ una obra musicalizada por Augusto Algueró, y me mantuve haciendo una larga temporada hasta que pasé a Madrid, la misma ciudad de donde yo había salido para Cuba con trece años y ahora volvía interpretando ‘Los siete pecados capitales’, con música de los maestros Algueró y Montorio; y para mayor coincidencia, en un teatro llamado Madrid, que entonces era muy grande y luego lo han modificado, con varias salas de cine, en pleno centro histórico, a una cuadra de la Puerta del Sol.

Después hicimos otras temporadas en el teatro Calderón, así como en el afamado teatro Alcázar —por la calle de Alcalá—, y siempre con un triunfo total, cosechando éxito tras éxito, hasta que llegó el momento en que firmé un contrato fabuloso por cinco años con el autor de ‘Las leandras’, en vista de lo que le habían gustado las cuatro temporadas que yo hice durante aquel tiempo entre Madrid y Barcelona.

COMICO
 Empresa y dirección: JOAQUIN GASA
 México de D.F. 20 Teléfono 29 91.00

MARTES 5 DE NOVIEMBRE 1957
 NOCHE A LAS 10.45
¡SENSACIONAL ACONTECIMIENTO!
JOAQUIN GASA
 Presenta el
ESTRENO EN ESPAÑA
 de la obra original de
SALA - SANCHIS
LINDA MISTERIO
 Opereta arreglada original de
M. FILOS
 autor del Marido
A. ALGUERO (Hijo)
 con la participación especial de

ROSITA FORNES
 Primer tenor
ALBERTO AGUILA
 Tercer tenor
ARMANDO BIANCHI
 Tercer tenor
MARGARITA GARRIGOS
 Tercer tenor
AMPARITO PUERTO
 Tercer tenor
REYES MILLAN
 Tercer tenor
LUIS FRANCO
 con un repertorio completo

BALLET INTERNACIONAL
 Maestros directores coreografiados:
EDUARDO FRANCH - ALBERTO A. ARIAS
 Dirección artística:
M. FILOS
 Dirección musical:
ESTEBAN POLLS
 Tercer tenor coreografiado:
FRANCISCO GARRIDO
 Dirección: Margarita y Rosita de Bartolizadani, M. Cabreró y P. Nello
 Coreografía en los actos: BARTOLI Y ASENSI

Figuras: ALAN ANTONIO Bailarina: MOCAS LAPORTEGA
 Luminarista: LUIS COLL Maestros y coreografiados: GISEL AGENCIA
 Asesor: MANUEL DOLADER Regidor: SALVADOR SOLAR

AUTORIZADA PARA MAYORES

LINDA MISTERIO







Luego, él decidió componer una obra especialmente para mí, con la idea de que tras su estreno en Madrid saldríamos a una gran gira por toda España y posteriormente al extranjero.

Pero llegó el año de 1959, y yo cancelé aquel contrato para regresar a Cuba, donde se encontraba toda mi familia, pues no quise estar separada de ellos en esos momentos, cuando se produce el triunfo de la revolución. Así fue, y entrando en el tema familiar te diré que papá Fornés siguió hasta el final de su vida en La Habana, y aquí sigue viviendo mi madre, esta madrileña que ahora voy a presentarte.

Lo primero que hay que decir de mamá, a pesar de tener más de noventa años, es que no ha perdido su salero, para nada, como tú mismo apreciarás cuando converses con ella.

De mis dos hermanos, el mayor es José Enrique, también madrileño, quien es arquitecto y vive con su familia en El Vedado, mientras Leopoldo es historiador, nacido en Cuba, y vive de forma permanente en Madrid. Allí lo visité en 1991, cuando volví a España después de tres décadas, en el primer viaje de paseo que hice en toda mi vida, pues el resto de mis viajes siempre ha sido por motivos de trabajo.

Bueno, es cierto que yo no regresé en tanto tiempo a España, aunque me llamaron con propuestas de contrato algunos empresarios artísticos que conocían mi trabajo en general, y especialmente por los géneros de raíz hispana que yo he realizado a lo largo de mi carrera, pero siempre sucedía algún imprevisto de última hora, podríamos decir, en cuanto a la forma de implementar dichas propuestas.

Yo fui fundadora, y miembro, del Consejo Nacional de Cultura, antes de que se creara el Ministerio de Cultura en Cuba, y trabajaba con una plaza fija en la Televisión Nacional, por lo que ese tipo de negocio con entidades extranjeras debía hacerse a través de estas instituciones cubanas, pero los empresarios exigían firmar el contrato conmigo personalmente, sin que lográramos nada finalmente. No diré más, yo estaba dispuesta a aceptar aquellas propuestas de trabajo en España pero sin ir contra las normas laborales de Cuba, y en medio de esas contradicciones creo que todos perdimos.

Con México también pasó otro tanto, incluso hubo amigos que se pusieron bravos, porque no entendían que yo no firmara directamente con ellos para volver a trabajar allá, y me insistían, alegando el nombre que yo había llegado a hacer en ese país, y lo que todavía me querían los mexicanos. Yo les respondía que podría volver en un futuro, que lo dejaran para otro momento, y así fue, porque a los dos países volví años más tarde. Por otra parte, durante toda esa etapa, en Cuba pude ir desarrollando mi trabajo con mucha constancia, y una excelente acogida por todos los medios, ya fuera en televisión y radio, como en el teatro y el cine, recibiendo siempre al amor de todo el pueblo cubano, que es, sin dudas, el mayor premio a mi modesta labor en el arte.

A México y España regresé mucho tiempo después de mis triunfos en ambos países, pero tengo la satisfacción de haber podido volver a presentar con éxito mi trabajo ante esos encantadores públicos, cuando recorrí México para hacer una gira coordinada a través de la empresa Cubartista, primeramente, y luego al cantar de nuevo en España, donde acabo de actuar para el público de Oviedo.

En esta ocasión me presenté en la mejor sala del Principado de Asturias, el Teatro Campoamor, como parte del programa de un importante Festival de Zarzuelas, donde se montó, precisamente, la obra 'María la O', con un reparto en el que yo interpreto el personaje de la Marquesa del Palmar, una linda composición de Lecuona a partir de un montaje que gustó mucho al público español, realizado por una de las grandes figuras cubanas del arte lírico que es Alina Sánchez. Para mí fue una experiencia muy emocionante, donde además disfruté mucho aquel prestigioso lugar, totalmente remozado, con unas condiciones acústicas y de escenografía excelentes, una verdadera joya de teatro.

Bueno, yo conozco muchas otras zonas de España, comenzando por Madrid, donde viví algunos años, de muchacha, y luego trabajé en varios de sus teatros, como profesional, al igual que en Barcelona, pero también he visitado Andalucía, Valencia, Zaragoza, León, y Galicia, con la suerte de haber llegado hasta Santiago de Compostela, y su catedral, en este año jacobeo de 1999.





Durante este reciente viaje surgieron algunas propuestas para hacer representaciones en Segovia e Islas Canarias, pero de imprevisto recibí la noticia de que mamá se había puesto enferma, y mi hermano tenía que salir de viaje, por lo que yo decidí regresar de nuevo a Cuba, pues no podíamos estar los dos lejos de mamá en tales condiciones.

Esas propuestas quedaron pendientes, vamos a ver, quién sabe si algún día se concreten, pero mientras, puedo asegurarte que esta reciente vuelta a España me ha servido de mucho, no sólo en el plano artístico, sino también personal, al llegar de nuevo hasta la casa donde vivimos en el barrio Chamberí, un segundo piso en la calle de las Virtudes, entre las avenidas García de Paredes y Abascal.

Yo admiro enormemente a España, y a los pueblos de ese gran país, pero siento algo especial por Madrid, una ciudad que me encanta. Madrid es muy lindo, con ganas de ser lindo, pues con razón todos decimos: ‘De Madrid... al cielo’.

Recuerdo a mis abuelos maternos, madrileños los dos, quienes dejaron en nosotros esa huella imborrable de nuestro origen español. Eso es algo que fuimos trasladando a esta isla, como una familia española con emigrantes en Cuba durante varias generaciones, con muchos elementos que evidencian esa raíz hispana en nuestro modo de ser, desde la comida casera, donde el ‘cocido a la madrileña’ nunca faltó, hasta el propio idioma, y la forma de hablar, con referencias constantes a dichos, refranes y giros del lenguaje que provienen de España.

Incluso yo, para hacer un personaje cubano me costaba trabajo al principio, pues aparte de la influencia familiar en el idioma, donde escuchaba hablar con la z, y con expresiones muy hispanas, también sucedió que mis comienzos en el arte fueron con maestros españoles, como el propio Palacios, que hablaba aquí como si estuviera en Madrid.

Después, en todos los años que estuve viviendo en México se me pegó algo del habla peculiar de los mexicanos, y por esos motivos, cuando converso o canto yo no doy la cubana típica, ni tampoco una española o mexicana como tal, más bien he crecido entre todas esas influencias y mi forma de ser refleja esa mezcla cuando hablo, quizás es

un estilo internacional, aunque con predominio de lo español, lo esencialmente madrileño.

Pero sobre este tema de nuestras raíces hispanas, quien más sabe en nuestra familia es mi hermano José Enrique, que últimamente se ha dedicado a reunir fotografías y datos, referidos a padres, abuelos y bisabuelos, conformando un árbol genealógico que está bastante avanzado, aunque no se ha concluido del todo; empeño éste en el que también está haciendo sus indagaciones Leopoldo, desde Madrid.

Esta no es la especialidad de José Enrique, según te había dicho, él es arquitecto y luego de un extenso curriculum profesional, con obras de ingeniería y urbanismo, especializado en el diseño de proyectos, actualmente trabaja como profesor universitario, en la Facultad de Arquitectura. Gracias a su minuciosa atención a los archivos, y sus incesantes búsquedas, en casa hemos podido conocer una serie de cosas interesantísimas sobre nuestro origen y evolución como familia, desde Europa hasta América.

También hay un librito de poemas de papá, que yo mandé a imprimirle con motivo de uno de sus últimos cumpleaños, donde se aprecia esa sensibilidad espiritual que se escondía detrás de alguien que trabajó mucho, en campos tan diferentes como la construcción y la perfumería, para que toda su familia tuviera una vida decorosa y una educación sólida.

Y no sólo eso, sino que en aquella etapa inicial mía como artista yo conté con todo su apoyo emocional y práctico, llegando él a formar una compañía con la que hicimos muchas zarzuelas y operetas.

Pero era una época dura para prosperar con una compañía propia, cuando en los teatros no te subían el telón hasta que no dejabas pagado por adelantado el alquiler y la empleomanía. Esa era la norma, y sólo después de actuar y ver cuánto se había recaudado en taquilla es que se pagaba al coro, a las bailarinas y, por último, a los actores, en medio de lo cual podrás imaginar cuánto hizo papá en aquel empeño...

Sin dudas él era un hombre de muchas luces, gran emprendedor, de quien conservo recuerdos muy sensibles y entrañables, que me acompañan siempre.





Otro familiar muy querido es nuestra tía Rosa, hermana mayor de mamá, que era casada pero al no tener hijos fue una persona muy próxima a nosotros, siendo quien nos llevaba a mi hermano y a mí al teatro cuando yo actuaba, dando mis primeros pasos en la escena, a la vez que nos vigilaba, porque aún yo era muy jovencita y tía Rosa era todo un sargento del orden.

En cuanto a mamá, resultan muy curiosas sus reminiscencias de principios de siglo, desde la fecha en que sus padres la trajeron con dos años de edad para Cuba, en el año 1905, y ella tiene recuerdos valiosísimos, no sólo desde el punto de vista familiar, sino históricos, de una etapa en que el ambiente familiar y social cubano estaba lleno de españoles, algo que no se ha borrado todavía. Luego, sucede que cuando mamá ha vuelto de visita a su tierra natal, entonces allá, en España, a ella le dicen tranquilamente ‘la cubana’.

Por eso, al margen de todas estas explicaciones, a veces yo me río, porque también, a pesar de su auténtico origen madrileño, a mamá en Cuba le dicen ‘la gallega’, como a la mayoría de los emigrantes españoles establecidos en este país.

Bueno, esa pregunta final te la puedo contestar detenidamente, pero también en dos palabras: Cuba es mi patria.

Yo no nací aquí, sino en Estados Unidos, pero esta es la patria que yo adopté, y ella me adoptó a mí, para siempre, pues aunque he vivido largos años en otros países, y he viajado mucho por el mundo, cuando llevaba largo tiempo sin poder ver La Habana, el malecón, este cielo, tenía que venir al menos un fin de semana, con cualquier pretexto, pero era para volver a palpar este mar, estas luces, esta realidad.

Si hasta recuerdo que, en algunos de esos viajes, cuando yo recibía una fotografía de Cuba lloraba de emoción, y eso no es algo que ocurra fácilmente, como podrás imaginar. La explicación es muy sencilla, porque aquí crecí, y uno quiere mucho a la tierra, al pueblo donde se forma, y si es un país tan maravilloso como éste pues se produce una identificación muy profunda.

Cuba es mi tierra, donde yo aprendí a caminar, a correr, a ser, en el mayor sentido de esas palabras.

Pensándolo bien, yo considero que he nacido tres veces, en Nueva York, en Madrid, y en La Habana, porque si bien es cierto que vine al mundo en Estados Unidos, y que mis padres españoles me llevaron un tiempo a vivir a la península, lo cierto es que mi entrada en Cuba fue como un parto, en que nació definitivamente.

Ahora recuerdo aquel día, cuando el barco se aproximó a la costa y empezamos a ver el malecón habanero, en medio de un mal tiempo que nos impidió entrar en la bahía durante muchas horas. Salimos a una cubierta intermedia, y todavía siento como yo me acerqué a la baranda del buque, mientras mi madre me cubría por detrás, y mi cabeza se apoyaba en su pecho, observando las dos muy impresionadas aquel mar embravecido, con unas olas muy altas.

Entonces se nos aproximó una lancha pequeña, con el práctico que debía conducirnos en la entrada al puerto, pero que no lograba acercarse hasta el buque para subir por la escalerilla lateral y tuvo que calcular la altura hasta donde le alzaban las olas, y cuando quedó más próximo logró saltar, finalmente, bajo el aplauso atronador de todos los pasajeros.

Parecía mentira aquella escena, con el faro del morro de fondo, a la altura del Paseo del Prado, y ese tiempo horroroso, con una lluvia constante que me hacía dudar si lo que veía en los ojos de mamá eran gotas del aguacero o de sus propias lágrimas. Supuse lo primero, porque yo no veía razón para llorar en aquel momento, que a pesar de la tensión significó un parto feliz, por decirlo así, al poder atravesar el canal de la bahía y llegar a atracar en tierra firme, sin mayores contratiempos.

Todo eso a mí se me quedó grabado para toda la vida, y a pesar de las contrariedades que te cuento, en realidad aquel fue un día decisivo para nosotros.

Yo pienso que a Cuba le debo lo que soy, al pueblo cubano, a esta isla preciosa, digna de admiración por su naturaleza, su geografía, su historia y, principalmente, por su gente, a la que no sólo he tenido la dicha de conocer personalmente, sino que tantos cubanos me han hecho sentir una más entre ellos.





Esa es la verdad, soy muy feliz aquí, por todo lo que he dicho en ésta y en otras entrevistas, pero quizás también por esas cosas que no resulta fácil expresar.

Cuba tiene ese encanto y quien lo descubre no necesita explicarlo, es algo que parece escapar a la razón, pero que se siente muy dentro, aquí, en el corazón.”

Siboney, octubre 1999

ANEXOS

I.-RELACIÓN DE FOTOGRAFÍAS

Aniana Villarubia Serradilla

- Páginas: 23.- Aniana a los dos años de edad. España, 1900.
- Los padres de Aniana: Josefa Serradilla y Zenón Villarubia
- 24.- Aniana a los dos años de edad. España, 1901.
- 27.- Padres de Aniana, la hermana Leoncia y su prometido.
- 28.- Durante esta entrevista, en casa de Aniana, abril de 1999.
- 33.- Rosario traído de España por Aniana.
- 34.- Diploma concedido por la Colonia Salmantina de Cuba.
- 37.- Fachada de la Sociedad de Beneficiencia Catalana de Cuba.
- 38.- Iglesia de San Juan Bosco, ave. de Santa Catalina, La Habana.
- 41.- Aniana con sus familiares en Estados Unidos, viaje de 1992.
- 42.- Aniana mostrando una revista española en esta entrevista.
- 45.- Ante el cake de su cumpleaños 101, el 25 de abril de 1999.
- 46.- Aniana al término de esta entrevista.

Luciano Pérez Rafart

- Páginas: 53.– Madre de Luciano, en Madrid, década del treinta.
- Padre de Luciano, en Madrid, década del treinta.
- 54.– Matrimonio de los padres de Luciano.
- 55.– Luciano, recién nacido en Madrid.
- Edificio donde vivió Luciano de pequeño en Madrid.
 - Paseo de Luciano y su familia por Madrid.
- 56.– Barco ‘Reina del Pacífico’.
- 59.– Luciano junto a compañeros de deporte en Cataluña.
- 60.– El padre de Luciano vestido de torero.
- 63.– Plato ornamental, obra de Luciano.
- 64.– Catálogo de exposición conjunta de los hermanos Rafart.
- 65.– Artículo sobre exposición de los hermanos Rafart
(Boletín Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1978).
- 66.– Fotografía conjunta de Luis, Pepe y Luciano Rafart.
- 69.– Catálogo de la V Bienal de Arte de Marbella, 1979.
- 70.– Retrato de Martí realizado en cobre por Luciano.
- 73.– Una de las exposiciones de muebles de Luciano,
durante su estancia en Miami.
- 74.– Estado de la puerta del Museo Vizcaya antes de restaurarse.
- 75.– Puerta del Museo Vizcaya tras su restauración por Luciano.
- 76.– Dos fases de la preparación de una obra en cobre.
- 79.– Luciano en el taller de su casa, en Baracoa.
- Pieza en cobre recién terminada el presente año de 1999.
- 80.– Mural con imagen de José Martí, realizado por Luciano.

María Concepción Rico Martín

- Páginas: 87.– María durante sus estudios en el Planet ‘Concepción Arenal’.
- 88.– Padres de María en España, antes de emigrar a Cuba.
- 91.– Despedida a la madre de María en el aeropuerto de La Habana.
- 92.– María recién llegada a Madrid, en el aeropuerto de Barajas.
- 95.– Edificio de Ventosa 25, donde vivió María de niña en Madrid.
- 96.– Parque de la Ronda de Toledo, cercano a la casa de María.
- 99.– Estandarte del ‘Club Madrileño de La Habana’.
- 100.– Portada del expediente legal del ‘Club Madrileño’.
- 103.– Dos madrileños del Comité Gestor de la Asociación de Naturales de la Comunidad de Madrid en Cuba:
- Mariano Torrubia Redondo (La Paloma, 11 de julio de 1922.
 - Antonio Recuerdo Girón (Cuatro Caminos, 16 de julio de 1909.
- 104.– Mariano Torrubia en su trabajo actual en La Habana.
- 111.– Antonio Recuerdo en su casa de La Habana, junto a su esposa, y Antonio Fidalgo, presidente del CRE en Cuba, entre otros familiares y amigos de visita en esa ocasión.
- 112.– María al término de esta entrevista en la sede de la Fundación Fernando Ortiz, La Habana, septiembre de 1999.

Carlos de la Torre Prieto

- Páginas: 121.– Retrato de un barquillero típico de Madrid.
pintado con la técnica de espátula por Carlos.
- 122.– Carlos en el taller de pintura de su casa en La Habana.
- 129.– Carlota y Carlos, en su casa de La Habana.
- 137.– Pinturas al óleo de Carlos con motivos de España.
- El descubrimiento.
 - Don Quijote y Sancho Panza.
- 138.– Pinturas al óleo de Carlos con motivos marinos.
- 139.– Pintura de Carlos sobre la Catedral de La Habana.
- Pintura de Carlos con las dos nietas de Carlota.
- 140.– Óleo de Carlos titula: ‘Carlota y Carlos’.
- Autorretrato de Carlos de la Torre.

Rosita Fornés

- Páginas: 149.– Guadalupe Bonavía a los 9 años, ya en La Habana.
- 150.– Rosita a los 18 años, foto de estudio.
- 153.– Carlota y Carlos, en su casa de La Habana.
- 154.– “El asombro de Damasco”, puesta en televisión, junto a Antonio Palacios y la actriz cubana Conchita Brando años después del debut de Rosita con esa obra.
- 155.– Estreno en Cuba de “Victoria y su húsar”, con el título de “Pardon Madamme” (1952).
- 156.– Filmación de “La viuda alegre”, utilizando como escenografía los salones del ‘Centro Asturiano de La Habana’ (1955).
- 159.– Escena de “Luisa Fernanda”, interpretando a la Duquesa Carolina.
- 160.– Puesta en televisión de la “Morena Clara”, con Armando Bianchi, primer actor y esposo de Rosita.
- 163.– Cartel “Linda Misterio”, Teatro Cómico de Barcelona, 1957.
- 164.– Escena de “Linda Misterio”, obra con la que Rosita debutó en Barcelona. Aparece con el cantante Alberto Aguila, y en primer plano el maestro Augusto Algueró dirigiendo la orquesta.
- 165.– Escena de “Los siete pecados capitales”, Teatro Madrid.
- 166.– Teatro Alcazár, cantando una canción del maestro Cofiner, autor de toda la música de la obra de Muñoz Román titulada: “Tócame Roque”, que Rosita estrenó como protagonista.
- 169.– Cantando “Te vas juventud”, del maestro Lecuona, al presentar la Marquesa del Palmar en la obra “María la O”. Teatro Campoamor, Oviedo, 1999.

- 170.— Afiche del homenaje a Rosita en ocasión de su visita a Madrid (junio, 1999).
- 173.— Retrato de papá Fornés.
- 174.— Retrato de Guadalupe y tía Rosa.
- 177.— Retrato familiar de los tres hermanos con Guadalupe, en la casa anterior de Rosita, El Vedado.
- 178.— Al término de esta entrevista, Guadalupe, Aurelio y Rosita, en su casa actual de Siboney.

II.-RELACIÓN DE MADRILEÑOS EN CUBA

Durante el desarrollo de este volumen del Archivo de la Palabra: Españoles en Cuba, los naturales de Madrid establecidos en la isla que han sido identificados se acercan a la cifra de cincuenta.

A continuación se exponen sus nombres y apellidos, teniendo en cuenta que esta no es una relación definitiva, pues motivos de fallecimientos y retorno de los propios madrileños en Cuba hacen cambiar dicha información con frecuencia.

María Teresa Álvarez González	Pelayo Cordero Delgado
Santiago Álvarez Marín	Carmen Cortes Alburquerque
Blanca Álvarez Martín	Luis Cruz Sánchez
Fernando Ayoso Gutiérrez	Matilde Cruz Sánchez
José Ballesteros Alonso	Carlora de la Torre Prieto
Manuela Barquín Carreón	Julia Eloisa Delgado Romero
Marcelina Benavente Deleyto	Carmen Díaz Armesa
Alicia Bengochea López	María Díaz Urda
Mercedes Blasco Larrea	Ofelia Eulalia Fernández Acebal
Elisa Bodas Nieto	José Enrique Fornés Bonavía
María del Carmen Bonachea Miranda	Luis García Patiel
Guadalupe Bonavía Fornoza	Juan García Ponce
María Rosa Cerezo Fernández	Antonio Guerrero García
Victoria Cobos Benavente	Digna Lafarge Carrasco
Georgina Cordero Delgado	María Laffita de Juan

María de la Concepción Lazano Berttot

Luciano Rafart Pérez

Antonio Madrigal Díaz

Antonio Recuerdo Girón

Blanca Marín Griñán

María de la Concepción Rico Martín

Angeles Callejo Mateu Vargas

Flora Rofso Álvarez

María de la Soledad Mateu Vargas

Mariano Torrubia Redondo

María del Carmen Morante Boyerizo

María del Pilar Tuero de Blas

Rafael Morante Boyerizo

José Valdés Rodríguez

Juan Pijuan Reina

Carmen Varela del Pozo

Federico Prieto Aragón

Aniana Villarubia Serradilla

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 11 DE DICIEMBRE DE 2000



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

Comunidad de Madrid

